

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



J. Ruiz: Ideas sobre educación. — E. Armand: De la religión y la paz. — Plácido Bravo: Del dicho al hecho... — María Laffranque: Federico García Lorca, el poeta y su pueblo. — E. Relgis: La literatura de la guerra y la nueva era. — J. Peirats: La psicosis del Estado. — J. Esperanza: La socialización del Ramo de Curtidos de Barcelona. — Conrado Lizcano: Don Quijote en Sierra Morena. — Felipe Alaiz: El impulso cooperativo entre españoles. — M. Celma: La vida y los libros. — Juan Ferrer: Caballeros y caballerías. — J. M. Puyol: Cervantes, soldado, escritor y mártir. — Carlos M. Rama: Prefacio del libro «La crisis española del siglo XX». — Suno: Microcultura

117

SEPTIEMBRE - 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Al pueblo español nos lo presentan de mil maneras, muy a menudo obedeciendo al capricho del que enjuicia. Así leemos tantos exabruptos y despropósitos, principalmente cuando de su historia y costumbres se trata. Y, obligación nuestra es sentar la verdad.

El dibujo de la portada simboliza la paciencia, el trabajo y la esperanza del pueblo laborioso de Iberia. Ese pueblo que tanto ha sufrido y penado para liberarse y ser mayor; ese pueblo que tanto ha hecho temblar a los tiburones de la finanza, del militarismo y del privilegio, no importa en qué forma; ese pueblo sabe que al fin saldrá triunfante de su empresa y, como el artista, cincela, labra, pule y armoniza su obra, lentamente pero con la certeza del que sabe lo que quiere y lucha para obtenerlo.

Ayer fué la política, la mala política, la que se ocupó de él, hoy es Oxford, es el profesorado, es el intelecto de todas las latitudes quien quiere saber, conocer y comprender al que, copiando a Camús, «es el último defensor de la libertad».

Pueden creerlo nuestros adversarios, el español está empeñado en su tarea de regeneración humana y, con esfuerzo constante, creará una sociedad más justa y más humanitaria.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osman Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.
Semestre, 5.50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Septiembre 1960

Nº 117

Ideas sobre educación

III

NO cabe duda que mentalidades como la de Quintiliano sentaban en Roma los cimientos de una educación elemental ideal sin rival en parte alguna; pero ésta nunca llegó a verse puesta en práctica. Estas ideas sobre principios básicos de la educación pasaron por el pueblo romano como pasan todas las ideas que se adelantan a su tiempo: aceptadas por una minoría, criticadas por algunos, vituperadas por otros e incomprendidas o completamente desconocidas por la gran mayoría.

Por lo que respecta a la actitud de emperadores y gobernantes hacia la educación en el siglo II de nuestra era, ésta se inspiraba mayormente en el deseo personal de aprender o en la ambición de la popularidad más bien que en una diáfana concepción de las necesidades culturales del imperio. Algunos de ellos tomaron con gran interés las aspiraciones que emanaban de varios puntos del imperio, tal como Hadriano por ejemplo que mereció el sobrenombre de el «Graeculus» por la apasionada inclinación que manifestaba por todo lo que fuera griego. Los filósofos y profesores griegos en todas partes fueron objeto de su consideración, confirmando y haciéndoles extensivos los privilegios e inmunidades que les habían sido conferidas por emperadores anteriores. No sólo esto sino que se tomaba gran interés en sus trabajos. En Roma estableció el Ateneo como lugar de reunión para los hombres de letras griegos y romanos, y como centro de elevada enseñanza. En Alejandría prestó su influencia y apoyo al Museo e hizo que muchos de sus amigos eruditos se asociaran al mismo. Pero Grecia sobre todo y particularmente Atenas absorbían toda su estima y consideración. Además de construir magníficos edificios para fines religiosos y culturales, dió tal estímulo a sus profesores que Atenas recobró una vez más su superioridad como sede de enseñanza. La obra emprendida por Hadriano la continuaron sus sucesores casi con el mismo celo y generosidad. Antonino con una visión mucho más amplia que su predecesor de las necesidades del imperio, impuso la obligación de pagar salarios y otorgar otros privilegios a maestros especializados, decretando el número de maestros, médicos, etc., que cada pueblo y ciudad había de nombrar. La elec-

ción de estos hombres quedaba a la voluntad de los concejos municipales, con la reserva de ciertos derechos de control sobre ellos por parte de la autoridad central, éste más acentuado en los municipios pobres que tenían que recibir ayuda del tesoro real.

Marco Aurelio contribuyó considerablemente también al progreso de esta corriente de educación. Fué un entusiasta de la cultura griega, pues desde su niñez había vivido en la más estrecha relación con eruditos griegos, y como Hadriano, su interés principal se centraba en las escuelas de Atenas. Con la amplia visión del filósofo instituyó en las antiguas escuelas de filosofía de esta ciudad, sin olvidar la oratoria. De esta forma Atenas se convirtió en la universidad del mundo romano.

Como resultado de este entusiasmo e interés desplegado por unos cuantos emperadores en apoyar la corriente cultural de la época nos encontramos con el impulso que dió auge a que las escuelas del imperio, especialmente en Grecia y el Asia Menor, se vieran concurridas por estudiantes llegados de todos los confines. Toda Grecia, nos dice un retórico del siglo tercero, llegó a ser un colegio de sabios.

Este estado de ánimo sobre la educación floreció por todas partes, dando un impulso al trabajo de las escuelas que perduró hasta la descomposición del imperio, es decir hasta la muerte de Alejandro Severo, año 235 de la era vulgar. La educación después se hizo difícil en medio de tantos desórdenes civiles y revoluciones militares como llevaban apareados el hacer y deshacer emperadores.

Pero hemos de considerar que incluso en los mejores tiempos de esta marcha expansiva de la educación, ésta careció de la profunda seriedad que le asegurase permanencia. El mejor producto de su elección era la verborrea de la ostentación retórica basada en modelos ornamentados y artificiales de la oratoria asiática la cual había suplantado a la seria oratoria de los grandes días de Atenas. El héroe de las escuelas y del público en todas partes no era ni el filósofo ni el erudito sino el retórico o «sofista».

No cabe duda que en tales circunstancias no podía florecer ninguna corriente literaria o filosófica con una sólida base intelectual. Un sistema de educación cuyo gran denominador era la elocuen-

cia verbal, estaba condenado a la decadencia y a la muerte, por su alejamiento de las realidades de la vida y por su propia esterilidad.

Ha de tenerse en cuenta también un factor poderosísimo que concurría a la descomposición no sólo de ese sistema de educación, sino con más fuerza aún del sistema social mismo. Nos referimos al cristianismo. No puede olvidarse que ya en esta fecha, última mitad del siglo tercero de la era vulgar, el cristianismo era una fuerza considerable dentro del imperio y que influía poderosamente en la opinión de un gran sector, del sector mayoritario podría decirse ya que su influencia se extendía casi por completo a las clases pobres e iletradas. Esta peculiaridad del primitivo cristianismo de atraerse o mejor dicho buscar el apoyo de los humildes le llevó a tomar una actitud muy especial hacia la educación y hacia la cultura en general. «Ni sabios, ni poderosos, ni nobles tuvieron parte en la vocación cristiana». Pero a medida que fué pasando el tiempo el cristianismo atrajo más y más gentes de las clases superiores incluyendo no pocos bien versados en todos los aspectos de la civilización de su tiempo, y esta nueva contribución a las filas cristianas daba un nuevo tono, un cambio psicológico, a esta masa que empezó repudiando todo: religión, arte, cultura; la civilización en una palabra en que había nacido y se había criado. Mientras que los primeros cristianos conllevaban el analfabetismo con orgullo y como un desafío y desprecio a toda cultura pagana, los venidos al cristianismo procedentes de medios educados, no estaban dispuestos a que sus hijos quedasen sin educación y sumidos en el analfabetismo. Además, la Iglesia veía la necesidad de combatir al paganismo con sus mismas armas y en su propio campo, por tanto se hacía imposible para ella sustraerse a la fuerza e influencia de la educación.

Así, vayamos por tiempo y ocupémonos de la actitud del cristianismo en sus varias etapas, respecto a la cultura pagana y a la concepción que se había formado del mundo.

El cristiano, no importa donde se encontrara, se consideraba extranjero, incluso en su país de nacimiento; siempre con la mira puesta en el milenio el cual le transportaría al cielo: su fin y pueblo natal. Pedro escribe sus epístolas dirigidas a los «extranjeros y peregrinos esparcidos por el Asia Menor» pidiéndoles se abstuvieran de la lujuria carnal. Pablo, escribiéndoles a los corintios, les aconseja se abstengan del matrimonio «porque el tiempo es corto y la forma de este mundo se va extinguiendo». «Vuestra ciudadanía, les dice, «está en el cielo». Marco Aurelio había dicho: «La vida es una lucha y una morada en un país extranjero».

Esta concepción de la vida cala hondo en el pensamiento cristiano. Clemente escribe «a la iglesia de Dios con residencia en Roma». «Este mundo y el próximo son dos enemigos», escribe el Segundo Clement. «El uno empuja hacia el adulterio y la corrupción; la avaricia y el engaño; el otro desprecia todas estas cosas. Nosotros no podemos ser amigos de ambos y nos cabe, por renuncia del uno, asegurarnos el otro. Debemos comprender que vale más despreciar las cosas presentes por frívolas, pasajeras y corruptibles, y amar las venideras por buenas e incorruptibles».

Estas son ideas generales de los primeros padres de la iglesia cristiana. Pablo en los Actos de Pablo y Tecla dice: «Dichosos aquellos que se despiden de este mundo, pues ellos complacerán a

Dios». Cipriano condena a todos aquellos que han renunciado al mundo sólo de palabra y no de hechos. «En el momento que hemos sido bautizados», dice, «hemos renunciado al mundo».

Tertuliano decía de la Iglesia cristiana: «Ella sabe que su función es la de un extranjero de la tierra que entre extraños fácilmente halla enemigos; mientras que en el cielo tiene su raza, su hogar, su esperanza y su honor».

Ni que decir tiene que la idea del cristiano en considerarse extranjero y peregrino en la tierra, estaba bien definida, de tal forma que parece operaba como un parachoques a la presión que sobre él ejercían la educación y civilización paganas en general, las cuales obstaculizaban su progreso y ridiculizaban al mismo tiempo su infantilismo dogmático. De esta impotencia contra principios que no podían combatir más que con un silencio arrogante, ya que sus doctrinas no las respaldaban más que una fe ciega en un poder sobrenatural, viene, a mi parecer, el que cristianismo recurriera al ostracismo y recomendara a sus adeptos la más ciega obediencia al dogma. Creó él también lo que hoy llamaríamos un complejo de inferioridad que le llevó a la más absurda aberración contra todos y todo lo que le obstaculizaba y más que nada contra todo lo que debía al descubierto sus fallos y sus debilidades.

Así la Iglesia no se cansa de repetir una y mil veces: «Está escrito que yo destruiré la sabiduría de los eruditos y reduciré a la nada la comprensión del prudente. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el controversista de este mundo? Los cristianos no necesitaban inquirir, dudar o dar satisfacción a nadie por sus creencias, y su grito de lucha era: «No examines, cree». «Tu fe te salvará». Y su grito continúa: «No indagues».

EL CRISTIANISMO ENEMIGO DE LA INTELIGENCIA

«Los cristianos rechazaban a todos los hombres inteligentes e invitaban a todos los ignorantes y groseros», decía Orígenes. «La palabra cristiana es», continúa Orígenes, «no permitas que nadie que haya sido instruido, o que sea sabio, o cauto, venga a nosotros, porque tales cualidades son consideradas un mal por nosotros; pero si hay algún ignorante, o insensato, o analfabeto, o idiota, déjalo venir con toda confianza».

Los cristianos no desmienten lo escrito por Orígenes en «Contra Celso», sobre esta ciudad de ellos, al contrario, la aceptan como una de las cualidades del ser humano que hace honor a la gloria de Dios. Justín Mártir proclama con orgullo que «entre los cristianos pueden oírse y aprenderse las cosas más profundas de hombres que no conocen las formas de las letras siquiera; que son ineducados y barbaros en su discurso, aunque sabios y creyentes. Algunos incluso son mutilados y hasta privados de la vista; así todo el mundo puede comprender que todas estas cosas no son el efecto del juicio humano, sino que son reveladas por el poder de Dios».

Siendo ésta la opinión de la gran mayoría, es decir, la de que las escuelas y la cultura paganas no sólo no podían proporcionarle al ser humano una preparación física y moral, sino que lo llevaban a un estado de degradación escandalosa, quedaban aquéllos que, como dijimos antes, estaban dispuestos a que sus hijos no quedaran sin educación. Estos, ante el dilema de educación pagana o nada, optaban por mandar a sus hijos a las escuelas aun a riesgo de que al «aprender literatura

tuvieran que escuchar los escandalosos cuentos de la mitología antigua y los atributos que se le asignaban a los dioses.» Algunos exclaman: «¿Cómo es posible que uno pueda adquirir sentido común o aprender a dirigir sus pensamientos y acciones? ¿No es la literatura un instrumento indispensable para toda la rutina de la vida?

Esta condescendencia, impuesta o no, con los estudios de autores y filósofos seculares para la juventud cristiana procedía casi en general de los padres de la Iglesia del Este, tales como Orígenes, Clemente, etc., los padres latinos, fueron siempre más reacios hacia la enseñanza griega. Estos condenaban a los filósofos griegos tal vez por la concepción que los padres de la Iglesia tenían de que la naturaleza humana es esencialmente pecadora y la razón humana tal como va expresa en la filosofía griega falaz. San Agustín y San Jerónimo renunciaron al entusiasmo que en sus años de jóvenes sintieron por las letras seculares, aunque durante toda la vida se debatieron en vano en reconciliar el derecho de la erudición y la piedad y nunca pudieron evadirse de la confusión mental prevalente respecto al lugar en la vida de la literatura y la retórica.» El caso de Jerónimo es por demás instructivo. En su juventud estudió retórica y filosofía bajo el distinguido Donato. Después estudió teología y de ahí se dio a un nuevo tren de vida. A los cuarenta años, decidió aislarse del mundo y resolvió irse a los desiertos de Siria; pero incluso en su solitud tuvo sus libros con él y en sus remordimientos por sus pecados encontró alivio en la lectura de los clásicos. «¡Qué pobre hombre era yo! Ayunaba y leía a Cicerón. Después de pasar noches en vela y de derramar amargas lágrimas al pensar en mis pecados, cogía a Plauto. Si a veces volvía en sí, trataba de leer a los profetas, el estilo simple y descuidado en que estaban escritos me repelían inmediatamente.»

La teoría de los padres cristianos sobre la educación era la de negar los principios materiales y prácticos del curso de la vida y desestimar los principios de la vida intelectual griega. «Esto dejaba solamente los valores de una vida estrictamente moral mentalmente disciplinada contributiva a la salvación espiritual.»

Pueden encontrarse excepciones a esta generalización, por ejemplo, en los escritos de Crisóstomo, siglo cuarto. Crisóstomo insta a padres y maestros a que usen las estrellas, las flores y los campos como objetos de enseñanza, pero esto sólo lo tempera con la observación de que aunque los sentidos son las puertas del alma éstas deben guardarse cuidadosamente con preceptos morales y con la recitación de la poesía religiosa.

Clemente de Alejandría fué mucho más lejos proponiendo los ejercicios físicos para la concusión de la salud así como la música para el reposo. Ahora, Clemente y Crisóstomo eran griegos y en ellos se reflejaba el ideal secular griego de la personalidad bien formada, a pesar de ser ambos buenos cristianos. Desde luego las teorías sobre educación de los padres de la Iglesia latinos no abarcaban un panorama tan amplio como la de los padres de la Iglesia griegos.

En siglos venideros Ambrosio, Jerónimo y Agustín fueron mucho más influyentes que los padres del Este en lo que se refiere a los fundamentos y normas de la educación cristiana del Occidente de Europa. Para ellos el ideal místico llegó a ser importante como un medio de acallar los deseos del cuerpo y elevar el alma. La vida de la experiencia de los sentidos se consideró como perversa;

de forma que la educación física era peor que una pérdida de tiempo, pues mientras más ayudaba al desarrollo del cuerpo, más interfería con los progresos hacia la salvación. De la misma forma la música secular se la muraba como pernicioso porque desviaba las emociones del camino de los asuntos religiosos, mientras que la música de la Iglesia era de desear porque encaminaba las emociones por los verdaderos senderos de la religión.

Los conocimientos seculares debían rehuirse porque elevaban la razón humana de una forma indecorosa por encima de la fe religiosa. La naturaleza del niño en el pecado personificado y por tanto no podía prestarse confianza en ella. El niño debía sujetarse a una vigilancia constante y de ser preciso, a una severa disciplina con objeto de poder alcanzar de él la debida obediencia y sumisión. Por lo que se refiere a la educación de las niñas, para éstas se aceptaba la clausura, la reclusión y la severa vigilancia; se glorificaba la disciplina de los conventos de monjas, así como la virginidad perpetua.

Así, cuando los padres cristianos de Occidente rechazaban la gimnasia, la música, la retórica y la filosofía secular y cuando negaban el valor de la educación como preparación para una vida activa en los asuntos prácticos, reducían el ideal pedagógico greco-romano a los estudios religiosos y las artes liberales ajustadas a los moldes de la doctrina cristiana.

Con la invasión de los pueblos del norte de Europa, ostrogodos, lombardos, francos, etc., llamados bárbaros, en el siglo quinto de la era vulgar, vino la derrota y descomposición del imperio romano y con ello la destrucción casi de la civilización que por espacio de un milenio se había mantenido en todos los pueblos del Mediterráneo. En el transcurso de ese tiempo se habían desarrollado a través del imperio las escuelas municipales y del Estado, las cuales, en medio de estos trastornos sociales desaparecieron en el curso de dos generaciones; esto unido a la desaparición también de los maestros, llevó sobre la mayoría de los pueblos de Europa el manto impenetrable de la ignorancia.

Afortunadamente, estos pueblos bárbaros, si bien destruyeron a las fuerzas que se les opusieron, conquistaron pueblos y arrasaron tesoros, tanto culturales como artísticos, no fueron capaces de exterminar por completo el ambiente cultural de centenas de años, quedando un tanto prisioneros de la cultura de los pueblos que invadían, así como de su religión también.

La Iglesia cristiana, que tanto había contribuido a la debilitación de las fuerzas internas del imperio romano, así como de su sistema de educación, era dueña ya de la vida espiritual de los pueblos y por tanto a ella quedaba encomendada la tarea de continuar la obra educativa de aquellos pueblos por donde se había extendido y dominado. Pero la Iglesia no se tomó gran interés en suplantarlo a los municipios y al Estado en su empresa sobre educación; el espíritu de aquéllos que se habían interesado por la educación había muerto en gran parte y la Iglesia ni más ni menos, unía su voluntad, y con gusto, hemos de suponer, a ese estado de indiferencia general. La vieja literatura era en esencia y espíritu la desconfianza de la Iglesia desde siempre. Pero las circunstancias empujaban a ésta hacia algo que diera forma a los restos de la sociedad que acababa de desaparecer, viéndose forzada a crearse un sistema de

educación que aunque con características muy propias llenara las aspiraciones del momento. Para comprender el carácter de las escuelas de la Iglesia ha de tenerse en cuenta que ésta emprendió la tarea de la educación no porque la consideraba como buena, sino porque veía que no podía hacer nada bueno en provecho propio sin darle a sus adictos, especialmente al clero, unos estudios que les permitieran comprender los escritos sagrados y atender a los deberes religiosos. Aquí no se trataba de instruir a alguien para prepararlo en la rutina de la vida ordinaria, sino de la ambición de acaparar lo que quedaba de aprovechable aún del ambiente cultural de un pasado que le era repugnante, para hacerlo vivir en forma exclusiva para los fines de la Iglesia.

«De qué pocas ideas se nutre un siglo!», dijo alguien creo refiriéndose al siglo dieciocho; pero refiriéndose al milenio que siguió a la caída del imperio romano hasta el Renacimiento, creo deberíamos centuplicar el signo de admiración diciendo: «¿Cómo es posible llevar a los pueblos después de haber gozado de un alto nivel cultural, a vivir en la más densa de las tinieblas sin que éstos se muevan a producir una chispa de luz ni una idea que intente traspasarla por espacio de un tan largo periodo?» Esta fué la Edad Media, a la cual se arribó por un cúmulo de circunstancias. Por la descomposición de una civilización que no sabía producir ideas que dieran a los pueblos un motivo de continuidad en la vida; por el nacimiento de corrientes ideológicas que su objetivo principal era acabar con las instituciones que se oponían a su propio desarrollo, sin importarle qué iba a pasar después; por la ambición, el espíritu de aventura, el exceso de vitalidad de unos pueblos que se dieron a las correrías, a las invasiones de los puntos en que esa civilización se hallaba radicada, cruzándolos de un confin a otro, haciendo estremecer todas sus instituciones, dejándolos en la mayoría de los casos sumidos casi en la barbarie.

La Iglesia cristiana se apresta a morar bajo esta densa e impenetrable nube de ignorancia que fué el largo periodo que se llamó Edad Media, concentrando sus fuerzas y (por qué no decirlo) sus riquezas, en la vida monástica para desde allí dominar vida y hacienda de pueblos e individuos. La contribución que estas instituciones monásticas prestaron a la conservación y propagación de la cultura, ha sido exagerada por cronistas e historiadores, éstos últimos escribiendo basándose en la información de los primeros, los cuales, al fin y al cabo escribieron a dos o tres siglos de distancia de los hechos e influenciados y quién sabe si coaccionados al mismo tiempo, por las ideas religiosas de la época.

EL MONASTICISMO

El monasticismo fué un movimiento que atrajo a infinidad de hombres de muy diferentes posición y carácter y la forma que éste adoptó estuvo en consonancia con las características de aquéllos. Pero aun admitiendo la posibilidad de que a él se acogieran hombres excepcionales, puede decirse que el espíritu ascético que dominaba al movimiento era adverso a la obra educativa. Hubo hombres en el siglo cuarto que después de renunciar a todas las cosas del mundo, conservaron sus libros como reliquias y sentían un placer en impartir la instrucción secular como parte de su deber religioso; pero aunque el ejemplo de estos hombres diera pie a que despertara el espíritu escolástico

de la vida monástica, la tendencia general del monasticismo del siglo seis era contrario a la enseñanza. El más grande personaje de este movimiento en la Iglesia romana, era San Benedicto, cuyas reglas fueron adoptadas por casi todos los monasterios del occidente europeo en los siglos siguientes. Benedicto, en su juventud, fué enviado a Roma a recibir la instrucción que le estaba reservada al pudiente romano; pero al darse cuenta de los malos efectos que los estudios literarios hacían sobre algunos compañeros, renunció a los estudios. En 529 fundó el famoso Monasterio de Monte Casino en el viejo emplazamiento de un templo de Apolo. De que en sus reglamentos hubiese previsión para la enseñanza de las artes liberales es más que discutible; teniendo en cuenta la aversión de Benedicto por la educación es muy difícil creer que la hubiera. En los reglamentos que él mismo escribió, no hay provisión para el estudio. «El ocio es el gran enemigo del alma», declara en uno de sus artículos, y por tanto a los allí recluidos se les asignaba un trabajo que les tuviera siempre ocupados, bien en trabajo manual o entretenidos en la leyenda de libros sagrados. Para ello se asignaban a los monjes siete u ocho horas de trabajo manual por lo menos y dos horas de lectura como parte de la vida rutinaria. Aquí se ve claramente que el trabajo que más tarde emprendieron los benedictinos en el camino de la educación, no era considerado por el mismo Benedicto como una parte necesaria del régimen monástico o que el monje se hallara en la obligación de impartir la educación a los jóvenes y a los legos. La inclusión de la lectura como parte del régimen del monje suponía la necesidad de hacerse de libros y también de la de saber leer. Esto en el transcurso del tiempo llevó a la necesidad de tener que copiar manuscritos y a la enseñanza de jóvenes cuyos padres los habían dedicado a la vida monástica, etc.; pero nada de esto implica que los monasterios instruyeran a nadie fuera de éstos, aunque los trabajos realizados por ellos fueran de algún interés a la educación.

El espíritu general de los monjes de los siglos seis y siete hacia toda clase de estudios a excepción de los estudios sagrados, está representado en la inclinación pedagógica del papa Gregorio el Grande (540-604), uno de los hombres más capaces y distinguidos que hayan ocupado la silla papal. Gregorio pertenecía a una familia romana distinguida. Y era versado en gramática, retórica y lógica, sobresaliendo siempre sobre sus compañeros de estudio. Pero aunque empezó con una carrera prometedora en política, para la cual se había preparado, su vocación por una vida devota le llevó a abandonar su carrera y se hizo monje. El papa de esos días le hizo desviar de la vida monástica y a petición de él se ordenó para el servicio secular. Pero cuando llegó a ser papa, en esencia continuó siendo un monje, por lo que sus puntos de vista sobre educación y sobre la vida en general, fueron exactamente los de los monjes mismos, permaneciendo indiferente o contra toda clase de estudios superiores. Así cuando escribe expresa su aversión hacia los refinamientos de la instrucción literaria. «No me tomo la molestia de evitar los barbarismos. No condesciendo a prestar atención al lugar o fuerza de las preposiciones e inflexiones. Me indigna grandemente el pensar llevar las palabras del oráculo celestial a la sujeción de las reglas de Donato.»

El arremete con la misma fuerza contra la idea de crear una escuela de altos estudios, por el obis-

po de Viana, bajo el patronato episcopal. «Nos avergüenza el referirnos al hecho de una información llegada a nosotros de que su hermandad está enseñando gramática a ciertas gentes. Esto nos agrava más porque nos hace dar un cambio deplorable a la opinión que nos tenemos formada de usted. Una misma boca no puede cantar glorias a Cristo y a Júpiter al mismo tiempo. Considere cuán desafortunado es para un obispo hablar de lo que sería impropio para un laico piadoso. Si después de todo se aclarara de que la información que se nos ha dado fuera falsa y de que usted no se dedica a las vanidades del mundo de la erudición, daremos gracias a Dios para que le proteja de la profanación de las alabanzas blasfemas de hombres infames.» Los que sostienen que los estudios de la antigua literatura encontraron refugio inmediato en la Iglesia a la caída de las es-

cuelas municipales han tratado de interpretar lo que acabamos de transcribir como si Gregorio condenara al obispo de Viana, no porque enseñara literatura secular, sino por que lo hacía a expensas de la literatura sagrada. Pero esto no es así; lo cierto es que Gregorio consideraba la literatura y los clásicos paganos como contrarios al mismo espíritu del cristianismo.

Esta actitud de la vida monástica hacia la educación corre a través de toda la Edad media, y haciendo un estudio crítico de ésta, basándonos en las informaciones que hasta hoy tenemos disponibles, llegamos a la conclusión negativa de que los monasterios fueran centros de erudición de donde irradiaba la luz y la erudición hacia un mundo ignorante.

J. RUIZ

Recuerdo haber recibido hace ya unos diez años y leído con interés, dos volúmenes intitolados: «Mi testimonio a la causa de Cristo», cuyo autor, Raymond Marcand, objetor de conciencia, era no solamente un hombre de fe, sino más aún, de buena fe habiendo sufrido por sus convicciones, moral y físicamente. Marcand no fué comprendido por sus padres ni por el ambiente en que vivía ni tampoco por sus condiscípulos cuando seguía sus estudios en la Escuela Profesional de Fournes, a poca distancia de Lila. Y ese joven, que manifestaba horror por el alcoholismo, por la impureza sexual; su asco hacia las casas de juego, de bailes, de bebidas, de perversión; de la política, su odio hacia el militarismo, de la hipocresía religiosa — ese muchacho aparecía a los otros chicos de su edad — cual un insensato, cual un utopista peligroso. Su negativa a participar en cualquier guerra; su negación al porte de armas, le condujo ante los tribunales, por los que fué, naturalmente, condenado y luego a darse cuenta que, católicos como protestantes, salvo raras excepciones, no llegaban o no querían llegar a comprender su posición anacional, lo que le hizo volver sus miradas hacia las sectas que se afirman por su hostilidad a toda guerra y representaban el espíritu primitivo del cristianismo o lo que se ha convenido en llamar tal. La narración de Raymond Marcand es a menudo cautivante. Ha leído mucho y su obra está repleta de citas de autores de todos los horizontes del pensamiento humano creyentes o incrédulos, burgueses como revolucionarios, sin contar, desde luego, numerosas notas tomadas del Antiguo Testamento.

Pero, ese testimonio está doblado de una controversia. Marcand parte en guerra contra el ateísmo, al que declara responsable de todos los males que sufre la humanidad. «El

De la religión y de la paz

ateísmo es destructor de la moral, de la verdadera moral cuya base reside en Dios. Y porque se vé libre del temor de Dios, de la Justicia de Dios, el hombre se entrega al desorden de sus pasiones... Ante el espectro de la muerte, de la nada, el hombre que ha perdido la Fe, es decir Dios, que ha rechazado o que desconoce, Cristo, el Amor o la Paz, el alma y su inmortalidad; el hombre caído hasta el estadio animal, materialista, en efecto, no titubea en satisfacer sus instintos groseros, egoístas, en perjuicio de sus semejantes, de su prójimo. Entonces es cuando empieza la carrera desenfundada hacia los placeres, el alcohol, el gozo y la perversión, etc. ¿Qué decir de esos ateos, de esos neo-paganos, que para mejor satisfacer sus instintos y quedarse tranquilos de conciencia, han rechazado la Fe bienhechora, reguladora y purificadora, la creencia en Dios... la religión verdadera, la de Dios verdadero, del Eterno, del Padre, es Amor y Paz. Verdad y Luz y está por encima de todas las religiones del mundo, de todos los cultos deistas o ateístas pues que ateos son todos los sistemas filosóficos, políticos o religiosos preparados por los hombres».

Dejo de lado los ataques dirigidos

contra el laicismo, en particular contra la Escuela Laica, contra la moral laica, etc. Pacifista como es Raymond Marcand no deja de asestar duros golpes a los desgraciados que recurren a la razón para obtener más luz. Para él no hay más que una verdad: Cristo, la Palabra de Dios. En resumen es porque los hombres han rechazado el verdadero Dios, el Cristo verdadero, que la guerra se perpetúa, permaneciendo suspendida sobre nuestro destino como una amenazante espada de Damocles.

YO NO RECHAZO CON MALEVOLENCIA AL CREYENTE, «AL HOMBRE QUE TIENE FE»

Es su derecho de creer, de repudiar, como lo hace nuestro autor, las iglesias ortodoxas, organizadas, de preferir las sectas que se creen, cada una — dicho sea entre paréntesis — en posesión de la «verdad». Hay bastante espacio en este mundo para la expresión de todas las ideas, aunque sean parecidas a las de los Koreshistas, esta curiosa secta americana que cree que si la Tierra es redonda nosotros vivimos en el interior de la esfera y no en el exterior, etc. Pero, hay un hecho, es que yo no creo y que ningún creyente ha podido hasta ahora darme la menor prueba de la existencia de Dios. Se me ha definido a Dios de muchas maneras, pero ninguna que esté en relación con el poder creador de la imaginación humana. No conozco ninguna definición de Dios que no sea una «impresión del espíritu» igual tiene que esta entidad metafísica sea observada bajo forma de un dictador cósmico, de un super-hombre moral, de un dios de gente buena, de un vertebrado gaseoso o de un puro espíritu. Está claro que cuando se nos dice que Dios es bueno, misericordioso, justo, etc., etc., se le asemeja a un Hombre Ideal y esto es algo que no existe

más que en nuestra imaginación. El Dios omnipotente, que todo lo sabe, que todo lo prevee, no existe en nuestra capacidad cerebral de imaginación, más que como el Dios cruel, malvado, omnisciente y omnivengativo, el Eterno de los Ejércitos, el del Antiguo Testamento. El Dios de Constantino y la Providencia de Hitler no han existido jamás sino en sus cerebros bárbaros. Cuando se me observa que no es necesario definir a Dios, de representárselo, porque él se revela personalmente al individuo por la Fe, todo ello significa muy sencillamente que siendo incapaz de resistir a la duda y de responder a los problemas que impone la vida, se busca, en la renuncia a la búsqueda o a la lucha una posición de abandono espiritual y de conformismo intelectual. A menos que no se trate de una auto-sugestión o de una alucinación.

Se me afirma que nosotros nos hallamos sobre un grano de arena perdido en una inmensidad que no tiene principio ni fin, universo situado en el seno de otros universos, los cuales comprenden planetas — sin duda, incluido el nuestro — donde, otros seres, más o menos semejantes a nosotros, o totalmente diferentes de nosotros, mejor o peor dotados, nacen, crecen, se desenvuelven y terminan siendo reducidos a polvo. Todo esto puede ser o no exacto, pero yo reconozco que cuando empiezo a pensar en esa eternidad sin principio ni fin, no llego a comprender nada. Debo confesarlo francamente, no puedo concebir una cosa que ni empieza ni termina. Si Ud. lo concibe realmente, mejor para usted.

En cuanto a Jesús, al Cristo, a sus declaraciones, se plantean muchos problemas por los cuales no parece interesarse mucho Raymond Marcand. Problema de la historicidad en cuanto a la persona de Jesús y de sus actividades. Problema de la autenticidad de los Evangelios y de las Epístolas de Pablo, de las interpretaciones que en ellos han tenido lugar, fraudes «piadosos», para las necesidades de la causa, etc. ¿Conoce nuestro autor los trabajos del abate Turmel? Por otra parte, unos consideran a Cristo como un mito; otros como «la conciencia humana revelándose a sí misma», es lo que me decía cierto día un pastor liberal; y no falta quien le considere como a un anarquista o por lo menos a un revolucionario religioso. Es evidente que desde los primeros siglos fué considerado como un personaje legendario y que la leyenda hace de él un personaje simpático. De origen modesto, educado en casa de un carpintero, quizá en una alquería, como apuntaba E. Crusby, compartiendo varias de las supersticiones y adoptando las teorías cosmogónicas de su época. Le representan dotado de una gran sensibilidad, de un vivo entusiasmo, desembarazado de prejuicios y concepciones mezquinas del ambiente en que vive, polemista y detestando el espíritu mercantil que hacía tan detestables a sus compatriotas. Reformador, no habiendo hallado eco entre las gentes acomodadas, salvo dos o tres burgueses liberales o rabinos,

Jesús, — el de la leyenda — se dirige hacia los «peajeros y gentes de mala vida», vagabundos, mendigos, prostitutas, neurópatas y otra gentuza, a quienes se unieron varios de los israelitas que esperaban la venida de un Mesías que los librara del yugo de las legiones romanas. Al parecer, Jesús no dió mucha importancia a las leyes civiles, a la propiedad y el episodio de las dos hermanas que amó tiernamente, lo que indica un corazón afectuoso. Dos o tres mujeres que había curado de enfermedades nerviosas subvenían a sus necesidades y a las del grupo que le seguía. En fin, mecido desde la infancia por la lectura del apocalipsis judío, creyendo en el fin del mundo, dotado quizá de facultades que actualmente se relacionarían con el hipnotismo (1), en fin, decimos nosotros, con la fuerza que le daban los fanáticos y gentes sin escrúpulos, Cristo se lanzó al ataque del eclesiasticismo, del formalismo y de la hipocresía israelita. Si le damos crédito a la leyenda, no se puede negar ese rasgo imborrable del carácter de Jesús su confianza en los que le siguieron, su paciencia respecto de ellos y, hay que decirlo también, su amor hacia ellos. Las cobardías, la ignorancia, las ambiciones mezquinas y las rivalidades pueriles no lo desalentaron jamás. Esto le redime de la debilidad que mostró cuando se le crucificó, debilidad causada probablemente por la caída de sus esperanzas y «la intervención de Dios. Su Padre que está en los Cielos» y la desilusión resultante del abandono

no de sus discípulos. Esta es, pues, la leyenda y en toda ella Jesús es y sigue siendo un «dalco».

De la realidad, no se conoce gran cosa y si alguien cree hallar las trazas de la muerte del hombre de Nazareth, no se sabe, ciertamente de qué se trata, pues, en aquella época y en tierra judía había muchos agitadores. No supongo que R. Marcand acepte un solo instante la idea de Jesús Hijo de Dios, de su nacimiento anormal (en aquellos tiempos no se conocía aún la inseminación artificial) y admita su sacrificio, recuerdo de una época en que se hacía pagar a un inocente la falta de un culpable. Y no quiero hablar de esa idea absurda de un Dios castigándose él mismo a muerte para pagar sin duda el haber creado el hombre a su imagen y semejanza.

..

Desde luego yo no quería hacer de este artículo una crítica de las convicciones de nuestro autor, sino dedicarme al problema de la paz que es mejor. Contrariamente a él, creo que si hay guerras no es porque los hombres sean egoístas, ni que dejen de estar bastante agitados por el instinto de conservación individual, o el deseo ferviente de mantener intacta su piel. El día que una propaganda bien orientada llevada a cabo en todos los países demuestren que la existencia es todo para el individuo, y que una vez que desaparezca, no habrá ni presente ni porvenir, ni pensamiento, ni acción, ni esperanza, ni gozo, y que el universo, el bien, el

Vida de CENIT

Miguel Torres	4 30	J. Jover, Conqueiranne (Var)	10 —
Juan Ribas	2 —	Aquilino Gainzarain, Jegun	4 —
José Micás	10 —	Ballesta, Limoges	35 —
XX G.	5 —	F. L. Campareilhan (Isère)	10 —
José Casteyó	7 50	(S. lista) José Castillo	10 —
Juan Serra	5 —	José Casal	10 —
XX M.	1 —	Isidro Pomon	10 —
F. L. Ganges (S. lista):		F. L. de Carcassonne (Aude)	50 —
José Unes	5 —	Mé Ripollés, Chaumont	3 —
Mariano Ferrer	5 —	F. L. de Prayssac (Lot)	40 60
Jalme Pérez	10 —	F. L. Romorantin (L. et Ch.)	30 —
Miguel Fez	5 —	F. L. Castres (Tarn)	71 —
Bernardo Gabarros	1 —	México, G. Tierra y Libertad	50 —
F. L. de Carmaux (S. lista):		F. L. Montreal, Canadá	97 94
J. Molina	10 —	J. Callao, Torreón, México	19 32
J. Romero	5 —	F. L. C. Ferrand, Royo	5 —
J. Ruiz	5 —	Rigat, St. Simphorien	3 —
A. Giménez	4 —	Archs, Limoges	1 —
S. Fernández	5 —	Sánchez, Vierzon	4 —
M. Molina	5 —	F. L. Carcassonne (Aude)	13 50
M. Ruiz	5 —	Crivillé, Montpellier	10 —
T. Domenech	4 —	F. L. St. Etienne	101 —
R. Martínez	5 —	F. L. Tarbes	19 —
A. Vargas	3 —	F. L. Arles s. Tech. (s. lista):	
A. Domenech	1 —	Rodríguez (socialista)	5 —
E. Sanjuan	5 —	Marisol (sin partido)	5 —
Moreno	3 —	Josefine	1 —
Mas	1 —	Un republicano	1 —
P. García	2 —	Valentin Antonio	3 50
Romero	2 —		
D. Giménez, Alger	2 75	Total	741 71

Del dicho al hecho...

¿Qué no podría escribirse sobre este adagio popular de vigencia permanente?

Según sea la distancia entre lo ahora dicho y luego hecho, hallamos la longitud histórica de la conducta humana. Pero esto no siempre es cierto. Si es permitida la divagación pronto vamos a verlo.

Pues sí, en este trecho que al final del subtítulo dejo en suspenso — porque de todos es harto sabido aunque pocos lo hayan calibrado — cabe cuanto al hombre afecta. Y como quiera que tras ensartar los mil ejemplos de conciencias retorcidas — que lo que sus bocas anuncian sus manos denuncian — no habría dicho de la misa la mitad; preciso será que cite, sin cifras pero con pruebas, la tragedia de aquellas conciencias limpiadas, que niegan quedamente y con elocuencia afirman, aunque sea fra-

casando, aunque sean vencidos en lides parejas.

Tal aquella ilusión acariciada con singular delicadeza. El escultor primerizo que, en su erigido cuarto, tiembla ante el modelo de carne y hueso; porque en su imaginación desbordada ve la imagen más viva que el mismo modelo, pero que al tratar de dar formas al bloque pétreo, su diestra revela su torpeza. Y antes del último retoque, al contemplar su obra tan imperfecta, sin posible enmienda, sin vida, de piedra, destruye con su martillo, hace añicos, lo que considera malogrado bosquejo.

Sueños pertinaces. El poeta desvelado yace en su raído camastro; los ojos fijos al techo que no ve, en tanto por su mente pasan versificaciones raudalescas, afluyen las rimas, brotan asonancias y disonancias formando originales estéticas, y erguido, por

mal, la moral, el no-conformismo, el ateísmo, la fe, el amor, las flores y los frutos de la tierra, y todo lo demás, no existen para él más que en la medida en que él esté en situación de percibirlos, es decir en vida. Aquel día será una realidad el advenimiento de la paz en la Tierra.

Yo opongo al mandamiento: No matarás, el grito del instinto de conservación: Yo no quiero que me maten! Para que no me maten a mí es necesario que mi prójimo se halle en el mismo estado de espíritu que el mío, que él tampoco quiera ser muerto. Es necesario que allende el océano, al otro lado de las fronteras naturales o artificiales, la misma voluntad domine en cada ser humano, emanando de las profundidades de su ser: «Yo no quiero que me maten», no porque ello está escrito en el Decálogo, los Mandamientos de la Iglesia, los Evangelios o los Libros sagrados del Oriente, sino porque es natural el ir «hacia la vida» y el escapar de la muerte. Y no es solamente natural para mí, sino también para mi vecino, para mi prójimo y, en fin, para cada uno de los hombres.

La guerra es como el dominio y el servilismo; su desaparición es cuestión de mentalidad. La adquisición de esta mentalidad está condicionada a la expulsión de nuestro pensamiento de todas las mentiras religiosas, sociales o laicas, espirituales o temporales que la escuela, el púlpito y la prensa destilan dentro de nuestros cerebros, en beneficio del Estado y de los privilegiados que lo sostienen y que él a su vez sostiene.

Y vamos ahora a la cuestión de la objeción de conciencia, a propósito de lo cual yo quisiera añadir dos palabras. Existe un cierto número de sectas cristianas que rechazan la obligación del porte de armas. Así ocurre en los países anglo-sajones y en algunos otros, donde domina el protestantismo, pues es corriente permitir a los miembros de estas sectas, cuando ellos insisten, de reemplazar el servicio militar por un servicio civil. Es mucho más difícil (a menudo casi imposible) de admitir ese hecho cuando no se invoca una convicción religiosa o por lo menos humanitaria. De aquellos que han dado, para explicar su repugnancia al porte de las armas el simple motivo que ellos pretendían salvar su piel y que para ellos esta objeción estaba por encima de todas las demás consideraciones, de éstos, ¿cuántos son los que han sido admitidos como objetores de conciencia? Y no hay duda alguna que este hecho consiste en la toma de conciencia de valor de su individualidad al querer evitar su anonadamiento... Pero, ¿se ha presentado alguna vez, en los países citados, un objetor de conciencia proclamando simple y llanamente que si no quiere usar armas es simplemente porque le repugna hacerse atravesar el cuerpo? Yo estaría muy satisfecho de saberlo.

(1) Sería curioso hacer una aproximación entre ciertos «milagros» atribuidos a Jesús el de la leyenda y las curas psicoanalíticas.

E. ARMAND
(Traductor: F. Ferrer)

la emoción de este momento, coge veloz, pluma y cuartilla. Sobre el papel blanco traza arabescos negros. Ya está el boceto. En otra cuartilla ordena, en ésta corrige, en ésta rectifica, en aquella vuelve a empezar de nuevo... Por fin rompe la pluma y rasga el producto de aquella noche, sobre la improvisa papelera; buena cosecha para el basurero. Por la ventana amanece en tanto oscurece en su torturada mente.

Súbita inspiración que el músico sublimiza en su constante devaneo. Por doquier oye arpeggios, nuevos ritmos; notas fogosas, acompasadas, melódicas parecen bailar endiabladas zarabandas en su desorquestada cabeza. Y entonces, frente a su desventajado piano ensaya con una mano las teclas, en tanto con la otra transcribe los sonidos en el pentagrama a base de negras, blancas, corcheas; hasta que, agotado, en el «andante» tropieza. Y entonces, comprobada su impotencia, con estrépito cierra el noble instrumento y avienta insensato las páginas donde palpitaban sus ritmos y sonoros ensueños, trocando su inspiración en desesperación, levadura de otra lograda composición.

Deseos contrariados por no ser enteramente compartidos; tal el adolescente amoroso y consumido por la pasión no correspondida, y que acaba por encontrar indeseable la misma vida.

En fin, ¿a qué proseguir enumerando este trecho infinito! Voluntades tensas que se rompen, sacrificios que parecen revelarse vanos, esperanzas que se esfuman, luces que se apagan al intentar avivarlas con nuestro soplo, obras desmoronadas con columnas que se desploman y se tronchan, vuelos humanos sin orientación segura. Y, a veces, cuando todo parece haberse alcanzado, surge lo imprevisto, el imponderable que todo lo desbarata.

Complejo eterno de Sísifo, subiendo, bajando una, y agregándose tres, en la inmensa escalinata del progreso ambicionado.

Y es en este relativismo donde se demuestra su potencia e impotencia, base de toda evolución y de todo progreso, y lo que es más, la razón y tendencia indestructibles de sus aspiraciones libertarias y rebeldes.

Podréis alcanzar una, varias, casi todas vuestras aspiraciones, no por ello la ambición continuará enmadrando el hilo eterno del deseo.

El hombre quiere mucho y sabe poco, de ahí su frágil poder, pero aunque supiera mucho jamás podría una cosa: alcanzar su infinito querer.

PLACIDO BRAVO

Federico García Lorca

el poeta y su pueblo



Ya sabe Lorca que para franquear los obstáculos del miedo, del dinero y de la falta de libertad, necesita la simpatía y las armas de la intelectualidad junto con la comprensión y las energías generosas del pueblo. Una de las obras para titeres, en efecto, se dirige al público ilustrado de Madrid, al mismo tiempo que al público popular andaluz, como lo demuestran respectivamente el prólogo y el epílogo que le añadió el poeta por los años 1930. Me refiero al famoso «Retablillo de Don Cristóbal».

En fin, esa época es la de «Mariana Pineda». Mariana, heroína de una conspiración republicana hacia 1830, es detenida por bordar la bandera de los liberales, y muere en el cadalso por no delatar a los conjurados, cuyo jefe es su amante don Pedro de Sotomayor. Drama de la libertad española; tragedia del amor indefenso y sacrificado, que representa lo más inocente, lo más puro de la vida y de las libertades humanas. En Mariana, la libertad de todos no se puede separar de la felicidad en el amor sin trabas. Así la siente y la quiere el poeta.

Dice Pedro:

«No es hora de pensar en quimeras, que es hora de abrir el pecho a bellas realidades cercanas de una España cubierta de espigas y rebaños, donde la gente coma su pan con alegría, en medio de estas anchas eternidades nuestras y esta aguda pasión de horizonte y silencio. España entierra y pisa su corazón antiguo, su herido corazón de Península andante, y hay que salvarla pronto con manos y con dientes.

Y Mariana replica apasionadamente:

«Y yo soy la primera que lo pide con ansia. Quiero tener abiertos mis balcones al sol para que llene el suelo de flores amarillas y quererte, segura de tu amor sin que nadie me aceche, como en este decisivo momento.»

Aquí Lorca habla para su pueblo, y participa a través de sus personajes en la lucha común, esta lucha que oponía por entonces las fuerzas liberales a la dictadura de Primo de Rivera. Lo hace sin asomos de militarismo, pero con la mayor amplitud y la mayor claridad.

Y, por fin, en el momento de ir al cadalso, Mariana expresa el sentido último, universal de su sacrificio, desesperado y esperanzado a la par. Federico García Lorca, como poeta, le presta su voz más entrañable:

«¡Os doy mi corazón! ¡Dadme un ramo de flores!
En mis últimas horas yo quiero engalarme.
Quiero sentir la dura caricia de mi anillo
y prenderme en el pelo mi mantilla de encaje.
Amas la Libertad por encima de todo,
pero yo soy la misma Libertad. Doy mi sangre,
que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas.
¡No se podrá comprar el corazón de nadie!
¡Ahora sé lo que dicen el ruiseñor y el árbol.
El hombre es un cautivo y no puede librarse
¡Libertad de lo alto! Libertad verdadera,
enciende para mí tus estrellas distantes.
¡Adiós! ¡Secad el llanto!

1929. Don Fernando de los Ríos dimite de su cátedra granadina a consecuencia de la opresión que la dictadura ejerce sobre la cultura. Las autoridades le habían quitado la cátedra a un compañero suyo de la Universidad, y él, como protesta, renuncia voluntariamente a su cargo. Pronto sale a dar una serie de conferencias por los Estados Unidos. Logra para su joven amigo una beca de lector en Columbia University, la Universidad de Nueva York, y Federico García Lorca embarca con él. Este escribe en una nota autobiográfica dirigida a un compañero neoyorquino:

«El viaje de Nueva York, puede decirse que enriquece y cambia la obra del poeta, ya que es la primera vez que se enfrenta con un mundo nuevo.»

Este mundo es el mundo norteamericano, y de modo más general el del gran capitalismo contemporáneo. Ya sabemos cómo lo vió, por un libro titulado «El poeta en Nueva York», y por los comentarios que hizo en sus interviús, o en las conferencias pronunciadas por toda España y la América del Sur, en las que presentaba dichos poemas.

Ver por un lado a los negros, por otro a los blancos, y en medio, «los pueblos orientales de ojos tristes», los sirios, los judíos, etc., con los que se siente más emparentado. Los blancos, son los estudiantes que llega a conocer en la Universidad, pero sobre todo, los hombres que ve por las calles, y cuya debilidad experimenta durante el famoso crac de la Bolsa de Nueva York, en el otoño de 1929. Hombres vacíos, sin raíces; prisioneros y dueños feroces, al mismo tiempo, de la industrialización inhumana. Prisioneros de sí mismos, aislados de la vida; «enajenados», según la gráfica expresión marxista; faltos de aliento, de sangre y de alegría. Los negros son todo lo contrario: llenos de vida, de nobleza y orgullo, rebosantes de una alegría ingenua y asimismo de una terrible energía; oprimidos y prisioneros de «los blancos del oro», víctimas del odio, del desprecio y de los absurdos prejuicios raciales del hombre blanco.

He aquí cómo Lorca, en una de sus conferencias, evocará la sociedad norteamericana. Empieza recordando dos barcos que por el siglo XVII navegan rumbo a la misma costa: uno lleno de colonos puritanos de procedencia inglesa, otro — un barco pirata — cargado de esclavos negros, «madera de ébano», que van a cultivar la tierra americana a cuenta de los primeros. Y trasladándose al momento actual dice:

«... Los nietos de la tripulación del «Flor de Mayo» tienen ahora reyes. Unos ancianos muy afeitados, con suaves melenas blancas; unos ancianos que no beben, que no fuman, que leen libros para educar la voluntad y el carácter. Y que acaban suicidándose bobamente en un cuarto de su palacio, como ese Eastman. (1)

Los nietos de la carga negra del barco sin nombre, sin pabellón ni rol ni patente, tienen reyes también. Reyes de sangre de reyes. Ahora son, como antes, esclavos de los hombres blancos. Y el rey de Harlem lleva un levitón de conserje y unos guantes blancos de algodón barato. Este no se suicidará. Lo empaparán los benditos y evangélicos cuáqueros de nafta y lo prenderán fuego colgado de un hilo.»

Para el poeta, la música negra, la música de jazz que tanto admiraba y escuchaba por el barrio de Harlem, es, como el llanto andaluz, la única salida posible de tanta fuerza encerrada; es una forma de rebeldía. Federico García Lorca siente el llanto y el dolor de los negros oprimidos, de su

sangre ahogada por la selva mecánica de Nueva York, y no lo siente por casualidad, sino por ser granadino, y estar muy compenetrado con la vida de su tierra y de su pueblo. Además de la represión antirrepublicana del siglo XIX y del terco conformismo contemporáneo, Granada es, en efecto, un país en donde la represión católica, después de la Reconquista, se ejerció con una ferocidad y un encono extraordinarios en contra de los «herejes» musulmanes y judíos. Los granadinos cultos lo han seguido recordando a principios del siglo XX e incluso ahora. Por eso, descubriendo la condición inhumana de los negros norteamericanos, Federico entiende, naturalmente, su queja, su esfuerzo para sobrevivir sin desmentirse y explica:

«Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos. Del gitano, del negro, del judío, del morisco que todos llevamos dentro. Granada huele a misterio, a cosa que no puede ser y, sin embargo, es. Que no existe pero influye, o que influye precisamente por no existir; que pierde el cuerpo y conserva aumentado el aroma. Que se ve acorralada y trata de injertarse en todo lo que la rodea y amenaza para ayudar a disolverla.»

El viaje a Nueva York abre, pues, al poeta, las puertas de su propio mundo y del mundo entero. Le permite descubrir la solidaridad de todos los hombres frente a la opresión y hacia la «aurora de vida nueva» que buscan dolorosamente. Lorca ve cómo nace la «aurora de Nueva York». Aurora podrida. Aurora de soledad. Aurora sin amor ni esperanza:

«La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.
La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca porque allí no hay mañana ni esperanza posible. A veces las monedas en enjambres furiosos taladran y devoran abandonados niños. Los primeros que salen comprenden con sus huesos que no habrá paraíso ni amores deshojados; saben que van al cieno de números y leyes, a los juegos sin arte, a sudores sin fruto. La luz es sepultada por cadenas y ruidos en impúdico reto de ciencia sin raíces. Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes como recién salidas de un naufragio de sangre.»

Oigan ahora el «Grito hacia Roma», el grito que Federico García Lorca lanza hacia la sede del mundo católico, desde lo más hondo de nuestros tiempos desolados: el rascacielo más alto de Nueva York. El mundo moderno desconoce el amor. Roma — templos imponentes, frías estatuas, ceremonias altisonantes — no es más que falsedad y artificio. Las muchedumbres no tienen otra cosa propia ni más arma que su grito de rebeldía, y deben lanzarlo sin desmayo, hacia el porvenir.

(1) El inventor de la película fotográfica, que acababa de suicidarse aquel año en 1932, en Nueva York.

«... Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con devoción las enormes

[cúpulas sahumadas;

pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las serpientes

[del hambre

en el triste mar que mece los cadáveres de las ga-

[votas

y en el oscurísimo beso punzante debajo de las al-

[mohadas.

Pero el viejo de las manos traslúcidas
dirá: amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: amor, amor, amor,
hasta que se pongan de plata los labios.
Mientras tanto, mientras tanto ¡ay! mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido

[de los directores,

las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el

[muro,

ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz tan desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne tornura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la

[Tierra

que da sus frutos para todos.»



Federico García Lorca vuelve a España al cabo de un año, tras una corta estancia en Cuba. Unos meses después nace la segunda República española. Ustedes conocen mejor que yo la historia de estos cinco años que terminan con la llamada guerra civil española: los dos años del bienio reformador, los dos años de represión del famoso «bienio negro», marcado por la represión sangrienta de los movimientos revolucionarios de Asturias y Cataluña; a principios de 1936, por fin, el triunfo del Frente Popular en las elecciones y los acontecimientos precipitados que terminan con el levantamiento de julio de 1936. Al cabo de un mes, en su Granada, ocupada por el ejército franquista, Lorca muere fusilado, o sea, como dice escuetamente el parte oficial de defunción, «a consecuencia de heridas debidas a la guerra».

Durante estos cinco últimos años de su vida, el poeta sigue manteniendo el contacto con dos ca-

*«Pero la guardia civil
avanza sembrando hogueras,
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.»*

pas sociales. La clase media ilustrada en la que vive, es decir, la intelectualidad avanzada de gustos y generalmente de ideas (1), y por otra parte, las clases populares; además, conoce por primera vez un éxito de gran masa de público, tanto con su teatro como en sus conferencias y con la lectura comentada de sus poesías. En efecto, Lorca prosigue su tarea de escritor lírico y dramático, y da a conocer, entre aplausos y triunfos, casi toda su obra teatral publicada hasta ahora. Por otro lado, vive y lleva a cabo la gran experiencia de La Barraca, compañía universitaria ambulante de teatro popular; y, por fin, difunde, por medio de recitaciones, charlas e interviús, al mismo tiempo que sus poemas, sus ideas sobre su obra dramática y sobre el teatro y el arte en general.

Por esos años, la mayor parte y lo mejor de su trabajo de artista va dedicada a la labor teatral. El mismo dice cómo ve el teatro y por qué lo necesita. Es un modo de comunicar con los demás; es una forma activa, hecha carne y vida, de la poesía:

«... El teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse habla y grita, llora y desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se les vean los huesos, la sangre. Han de ser tan humanos, tan horrorosamente trágicos y liados a la vida y al día con una fuerza tal, que muestren sus traiciones, que se aprecien sus dolores, y que salga a los labios toda la valentía de sus palabras llenas de amor o de ascos. Lo que no puede continuar es la supervivencia de los personajes dramáticos que hoy suben a los escenarios llevados de las manos de sus autores. Son personajes huecos, vacíos totalmente, a los que sólo es posible ver a través del chaleco un reloj parado, un hueso falso o una caca de gato de esas que hay en los desvanes. Hoy en España la generalidad de los autores y de los actores ocupan una zona apenas intermedia. Se escribe en el teatro para el piso principal y se quedan sin satisfacer la parte de butacas y los pisos del paraíso. Escribir para el piso principal es lo más triste del mundo. El público que va a ver cosas queda defraudado y el público virgen, el público ingenuo, que es el del pueblo, no compren-

(1) No olvidemos, sin embargo, que Federico García Lorca tenía muy buenos amigos de opiniones derechistas, entre los cuales, por ejemplo, el poeta falangista Luis Rosales y el mismo José Antonio Primo de Rivera.

*«Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.»*

de cómo se le habla de problemas despreciados por él en los patios de vecindad.»

Ya vemos a qué capas de la sociedad piensa y puede dirigirse.

Escribe o termina, por entonces, sus obras más famosas (exceptuando «Mariana Pineda» y «La Zاپatera prodigiosa»). Da a conocer una tras otra «Bodas de Sangre», «Yerma», «Doña Rosita», y «La Casa de Bernarda Alba», que todos conocemos. Trata de publicar y representar integra o parcialmente sus llamadas «Obras irrepresentables» (por demasiado atrevidas de forma o de contenido): «Así que pasen cinco años» y «El público». Escribe, proyecta y empieza, además, varias obras: tragedias amorosas, dramas o tragedias político-sociales, piezas de inspiración lírica granadina, una obra «contra la guerra», según dice él mismo, etc.

El contenido de las obras conocidas de aquella época es muy claro. Plantean simultáneamente los problemas de la pequeña burguesía del campo o de la ciudad y los del pueblo que se roza con ella. La clase media es la del mismo poeta; pero es, además, la fuerza social menos equilibrada, más incierta y en crisis del mundo español, el elemento de peso decisivo en la vida social de la época. Sus problemas aparecen muy a las claras en este teatro, lo mismo que sus debilidades y los obstáculos con los que choca trágicamente: avaricia y amor al dinero; miedo desesperado al amor libre, al riesgo y al qué dirán; persistencia monstruosa de ideas, recuerdos y rencores fosilizados, ya fuera del tiempo vivo y real. El pueblo, por su parte, se enfrenta con los problemas vitales más sencillos, que son los del hambre y del amor, y es preso hasta cierto punto de los prejuicios de las clases acomodadas a las que está ligado en su vivir cotidiano. En estos conflictos dramáticos resaltan, al fin y al cabo, los elementos de una lucha más generalizada y más íntima a la par: la que Lorca siente hondamente, ya lo hemos visto, y que quiere hacer patente, con toda su vibrante gravedad, ante el público. Lucha de los anhelos humanos con los obstáculos, humanos también, que se les oponen. Lucha de la realidad con el sueño y el deseo. Defensa individual contra «la gente», las costumbres, los prejuicios fuera y dentro de uno mismo, contra las fuerzas opresoras disfrazadas de destino, pero muy fáciles de reconocer.

Los intereses creados rigen los casamientos. Esto se ve muy a las claras, por ejemplo, al principio de «Bodas de sangre», en la escena de peti-

ción de mano en la casa de la novia. Escuchen cómo empieza la plática. (1)

Al final de «Yerma» ofrece un ejemplo privilegiado de rebelión de los anhelos contenidos, el ansia de maternidad de Yerma en este caso, que luchan para llegar a la luz de la realidad, y se ven brutalmente rechazados por el campesino acomodado a quien la casaron. Estando en la romería, Yerma quiere alejar a su marido, el cual insiste: «También es hora de que yo hable...» (2). Sabemos que Yerma acabará matando a su marido.

La última pieza de Lorca, «La casa de Bernarda Alba», que quiere ser «un documento fotográfico», es la que da más importancia a las criadas del pueblo y al pueblo en general, así como a las injusticias que padece. El drama empieza en la casa de Bernarda, durante el entierro de su segundo esposo. Salen a la escena una criada y la Poncia, ama de llaves de Bernarda Alba. (3)

Ya ven ustedes cómo Federico García Lorca, en esta última obra presta voz hiriente y expresiva a los oprimidos.

Pero además de su obra personal y de la representación de la misma, se dedica a otra forma de labor teatral con La Barraca. Esa compañía, creada a principios de 1932, con el acuerdo y la ayuda del ministro de Instrucción Pública, que era por entonces don Fernando de los Ríos, debe dar a conocer el gran teatro español — y, especialmente, el teatro clásico — a las capas más desheredadas del pueblo español, tanto en el campo como en las ciudades. Es ambulante: Viaja en camión. Y se compone únicamente de aficionados: estudiantes que trabajan por amor al teatro, y para colaborar en lo que pueden a la obra de educación popular fomentada por el gobierno republicano. La dirigen el poeta y Eduardo Ugarte. La Barraca tiene muchas facilidades al principio. Más tarde, en tiempos del «bienio negro», surgen las amenazas. Ya a principios de 1934, Lorca vuelve de Buenos Aires, antes de tiempo, por temor a que le corten los créditos. Luego vienen las restricciones a la libertad de acción del grupo, no menos acertadas por ser de tipo económico: en el verano de 1935 la reducción de los subsidios le impiden la actuación por los pueblos castellanos que cruza, camino de la Universidad internacional de Santander. Veamos lo que dice el poeta sobre el trabajo de la compañía. Le pregunta un periodista:

— ¿Y qué dicen los cómicos?

— ¿Qué van a decir? Son jóvenes, son estudiantes, son inteligentes, y con esto queda todo explicado. Han tomado el asunto con una vocación admirable, a prueba de

(1) La conferenciante lee un trozo del tercer cuadro del acto primero de «Bodas de sangre», páginas 1.106-1.107 de las primera, segunda y tercera ediciones de Aguilar, «Obras completas».

(2) Lectura: «Yerma», acto III, cuadro segundo; páginas 1.256-1.258. Ed. Aguilar.

(3) Lectura: «La casa de Bernarda Alba», acto primero, primera escena; páginas 1.349-53, Editorial Aguilar.

sacrificios. Uno está acabando su carrera, otro tiene que hacer el servicio militar, otro se prepara para unas oposiciones; no importa; lo que por el momento les entusiasma es la gloria del actor. Y lo cierto es que han conseguido su deseo. Resultan unos actores formidables. ¿Usted no les ha visto trabajar?... Ya quisieran los cómicos de profesión parecerse a ellos. Y es que para reproducir una obra teatral primitiva hace falta algo más que el amaneramiento y los recursos del oficio de los profesionales; se precisa, junto a la vocación, la cultura literaria y el hondo sentido profesional de esos muchachos universitarios.

— ¿Y cómo se las arreglan ustedes para los efectos de la jerarquía?

— ¡Ah! Muy bien. Aquí no hay ni primeras ni segundas figuras; no se admiten los divos. Formamos una especie de falansterio en que todos somos iguales y cada cual arrima el hombro según sus aptitudes. Si uno hace de protagonista, otro se encarga de distribuir los bastidores, otro se convierte en un organizador de los efectos luminosos, y el que parece que no sirve para nada está, sin embargo, haciendo a maravilla el oficio de conductor de camiones. Una democrática y cordial camaradería nos gobierna y alienta a todos. Y así vamos carretera adelante...

La Barraca sólo representa obras clásicas, teatro del gran Siglo de Oro español: los entremeses de Cervantes, «El Burlador de Sevilla» de Tirso de Molina, una antología de «Fuente Ovejuna» (suprimiendo los trozos en que aparecen los Reyes Católicos), «El Caballero de Olmedo», también de Lope de Vega, una égloga de Juan del Encina. Todo esto delante de un público sencillo que escucha con la mayor atención y seriedad, y también en las funciones de gala, ante elementos de la clase media.

— ¿Le gusta al público? — pregunta un periodista.

Y Lorca contesta:

— Claro que le gusta al público. Al público que también me gusta a mí: obreros, gente sencilla de los pueblos, hasta los más chicos, y estudiantes y gentes que trabajan y estudian. A los señoritos y a los elegantes, sin nada dentro, a esos no les gusta mucho, ni nos importa a nosotros. Van a vernos y salen comentando: «Pues no trabajan mal.» Ni se enteran. Ni saben lo que es el gran teatro español. Y luego se dicen católicos y monárquicos y se quedan tan tranquilos. Donde más gusta trabajar es en los pueblos. De pronto ve un aldeano que se queda admirado ante un romance de Lope, y no puede contenerse y exclama: «¿Qué bien se expresa!»

¿Cuáles son para Lorca, las enseñanzas de esta labor teatral? Le descubre o le confirma el sentido y la importancia vital del teatro.

Ya lo dijimos: permite una comunicación acti-

va y cordial y un intercambio de ideas y sentimientos, ya entre el autor y el público, ya entre los mismos espectadores. Lorca busca el mismo tipo de intercambios en el dominio de la poesía, con sus lecturas comentadas, y lo dice expresamente al principio de su acto organizado en octubre de 1935 por el Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona, que algunos de ustedes, a lo mejor, recordarán:

«Mi amor a los demás, mi profundo cariño y compenetración con el pueblo, como me ha llevado a escribir teatro para llegar a todos y confundirme con todos, me trae esta tibia mañana de Barcelona a leer ante un gran público lo que yo considero más entrañable de mi persona.»

El teatro es un trabajo colectivo que une desde el principio al poeta con los espectadores y a los numerosos colaboradores de la función.

Tiene, por fin, un papel social importantísimo, puesto que le corresponde airear en la escena los problemas candentes de la época, educar las clases receptoras del arte teatral — es decir, el pueblo y los individuos de la clase media ilustrada, y, por su intermedio la sociedad entera. Lo dice el autor de «Yerma» en su charla sobre teatro para los profesionales del espectáculo dramático:

«... Yo no hablo esta noche como autor ni como poeta, ni como estudiante sencillo del rico panorama de la vida del hombre, sino como ardiente apasionado del teatro de acción social. El teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil, puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo; y un teatro destrozado, donde las pezuñas sustituyen a las alas, puede achabacinar y adormecer a una nación entera.»

Finalmente, reflexionando sobre su experiencia lírica y teatral, Federico García Lorca llega a situar al artista frente a los problemas político-sociales de su tiempo. Explica su modo de ver repetidas veces los dos últimos años de su vida, a propósito de su obra personal, y especialmente de su teatro. Trabajar es un deber social para el artista, sobre todo en la época decisiva y dramática que estamos viviendo:

«A veces, cuando veo lo que pasa en el mundo me pregunto: «¿Para qué escribo?» Pero hay que trabajar, trabajar. Trabajar y ayudar al que lo merece. Trabajar aunque a veces piense uno que realiza un esfuerzo inútil. Trabajar como una forma de protesta. Porque el impulso de uno sería gritar todos los días, al despertar en un mundo lleno de injusticias y miserias de todo orden: ¡Protesto! ¡Protesto! ¡Protesto!»

El artista consciente de su tarea, no vacilará en comprometerse socialmente, si no políticamente (aunque tenga derecho a esta última forma de acción, como lo demuestra, en la opinión de Lorca, el ejemplo de Rafael Alberti ingresando en el Partido Comunista español). Tiene que aceptar los sacrificios y los riesgos que impone dicha obligación. A los dos meses de la tremenda represión

de Asturias, Federico dice a un periodista, hablando en nombre propio y queriendo puntualizar, en general, las obligaciones de los artistas «en el ambiente de nuestros tiempos»:

«... Yo sé poco, yo apenas sé» — me acuerdo de estos versos de Pablo Neruda —, pero en este mundo yo siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. Nosotros — me refiero a los hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases que podemos llamar acomodadas — estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo. En el mundo ya no luchan fuerzas humanas, sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí, tu dolor y tu sacrificio, y tránsito hacia un futuro que se presiente pero que se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo.»

Por fin, su trabajo de escritor y su actuación teatral, sobre todo con La Barraca, descubren a Federico García Lorca las limitaciones de la acción social por el arte. Va por los pueblos y ve a los campesinos hambrientos, casi incapaces de preocuparse por otra cosa que por el hambre que los atormenta. Esta es, también, por la misma época, la experiencia de los jóvenes de misiones pedagógicas por la comarca de Ribadelago y Sannabria. Lorca siente hondamente esta tragedia y no se resigna. Al contrario, extendiendo al mundo entero las conclusiones sacadas de tan tremenda experiencia, declara tres meses antes de morir:

«... El mundo está detenido ante el hambre que

asola a los pueblos. Mientras haya desequilibrio económico, el mundo no piensa. Yo lo tengo visto. Van dos hombres por la orilla de un río. Uno es rico, otro es pobre. Uno lleva la barriga llena, y el otro pone sucio el aire con sus bostezos. Y el rico dice: «¡Oh, qué barca más linda se ve por el agua! Mire, mire usted el lirio que florece en la orilla.» Y el pobre reza: «Tengo hambre, no veo nada. Tengo hambre, mucha hambre.» Natural. El día que el hambre desaparezca va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la Humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución. ¿Verdad que te está hablando en socialista puro?»

Estos textos son rigurosamente auténticos. Yo misma los he leído y recogido de la prensa española de la época. Y hablan tan claro y tan fuerte que no necesitan comentario alguno.

Federico García Lorca, poeta culto, partidario de un teatro inseparablemente poético y actual, procede de la clase media. Pero se considera responsable frente a su pueblo, justamente por no pertenecerle. No vacila en decirlo, aún conociendo o presintiendo los riesgos que ello supone. Tampoco duda en admitir la realidad histórica del momento, y reconoce la dramática encrucijada en la que se encuentran España, y fuera de ella, todos los hombres de buena voluntad.

Esta es la gran lección de inteligencia y de amor que supo darnos con su vida y su palabra, y en cierto modo, hasta con su muerte.

Maria LAFFRANQUE



«Se le vió caminando
entre fusiles
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.»

A. MACHADO

La literatura de la guerra y la nueva era

VII

EL ESPÍRITU DE NUESTRO TIEMPO. — JUEGO Y ESFUERZO. — LA LITERATURA DE MAÑANA. — ALGUNAS PUNTUALIZACIONES

Y ahora, una mirada hacia el porvenir: ¿la literatura de mañana? Esta no es una mera pregunta de investigador que suele arreglarse un cómodo plan de trabajo. Es una pregunta de la vida misma, puesto que la literatura también —lo repetimos— es una vasta y múltiple manifestación de las fuerzas creadoras. Ella es la expresión espiritualizada de la vida, y la imagen directa o depurada que corresponde al estilo de cada época.

¿Cuál es la postrera significación de nuestra época? No podemos contestar a esta pregunta, sino permaneciendo en el torbellino del presente para abarcar, con todos nuestros sentimientos y en plena conciencia, a esta actualidad única, de trastornos planetarios, convulsiónada entre los dos extremos posibles: la guerra y la revolución.

Intentaremos explicarla en estas líneas, si tenemos que expresarnos de alguna manera. Diremos que volvemos a sentirla —a esta época— con toda nuestra resistencia humana, incluso con todo el idealismo de que somos capaces. Queremos creer que todos podemos sentirla de este modo, que todos estamos agobiados por la trágica realidad de nuestro tiempo. Todos estamos respirando su atmósfera pesada, saturada de los gérmenes de tantos peligros y de la polvareda de tantas destrucciones. Todos estamos penetrados, como si fueran efluvios eléctricos, por los ecos de las tormentas desencadenadas a través de países y continentes; por los estremecimientos de los terribles sufrimientos de los pueblos enardecidos en sus entreveros, en choques gigantescos, empujados desde los picachos a los abismos por fuerzas irrefrenables, que parecen surgir de más allá de las posibilidades humanas, de más allá del bien y del mal... Multitudes poseídas por odios o ficciones, que se abalanzan a la búsqueda de una brutal y frenética conquista: atennaceadas por terrores que penetran hasta en los refugios más recónditos; embriagadas por las ilusiones que dominan con la sangrienta saña de monstruos apocalípticos; sobrecogidas por verdades, aplastadas por leyes que expresan las realidades elementales, las necesidades más inmediatas, las creencias más vitales o más mortíferas de millones de seres anónimos, unificados forzosamente —bajo el puño férreo de los autócratas, de los dictadores políticos, pero también bajo el imperativo momentáneo del «instinto de conservación»— en Patrias idealizadas, en Coaliciones inmensas, soberanas e irresistibles, por encima de todos los individuos que se creen «conscientes y libres». Desplazadas deidades, esas Patrias y Coaliciones se expresan por boca de los caudillos, por unos pocos privilegiados que se consideran elegidos entre los mortales, y exigen incesantemente todas las penas y los sacrificios, todos los horrores y las victorias de la vida

homicida y, sin embargo, insaciable, siempre anhelante por encima de los cataclismos de las guerras y las revoluciones.

¡Oh, época única, esta nuestra época, en la que culminan todas las tragedias de la existencia humana! En este tiempo cada individuo es un mundo en el que se agitan todas las flaquezas y firmezas; cada nación pone en tensión todas sus energías, para poder conservarse a través del crimen y la destrucción; todos individuos y pueblos, buscan su salvación en las fatalidades desatadas por sus propios extravíos... Tantos derrumbes, tantos trastornos totales, tantas depreciaciones y desnaturalizaciones morales, religiosas, culturales políticas, económicas... Estados en ruinas, multitudes exterminadas, dinastías depuestas, presidentes y cabecillas asesinados, gobiernos y regímenes barridos por la furia de las revoluciones populares, y otros levantándose en medio de la desesperación colectiva, que busca su faro en las aguas revueltas del odio, del miedo y del hambre.

Es también la insurrección de la conciencia iluminada por la verdad, es la reeblión del individuo. Y la revuelta horrible, a la vez que sublime, del pueblo contra sí mismo, — la sublevación de la nación engañada por los tiranos, impulsada a la guerra contra otras naciones, por los cálculos políticos, astutos y criminales de los amos temporarios. Son los huracanes patrióticos, las orgías sangrientas del terror y de la cobardía, las guerrillas de las clases sociales. El entrevero de tantas ideologías e intereses disfrazados bajo máscaras idealistas. Frenéticos despertares y febriles reconstrucciones. ¡Y se plantean tantos problemas vitales! Es el instante, con sus nuevas necesidades, sus nuevas ilusiones. Otras verdades y consignas surgen por doquier. En una tremenda efervescencia, los pueblos —vencidos o vencedores— se empeñan en su trabajo planetario. Es la expiación y la renovación de la humanidad que se niega a perecer.

¡En medio de tantos desastres, otras tantas resurrecciones! De tantos mundos aniquilados, otros se preparan en un caos iluminado por los relámpagos de la revelación — de ese éxtasis del sufrimiento que, finalmente, *comprende* con la razón purificada en las luces eternas del Espíritu, y *siente*, por fin, con el corazón, henchido del amor que todo lo abarca y perdona siempre...

Es el amor creador, renovado en la tormenta de la guerra. Tanto los individuos como los pueblos se templaron en todas las pruebas del destino, soportando castigos e infortunios. Y ahora salen a la gran luz de la vida fecunda, consoladora, pero también implacable por sus mandatos de rehabilitación. Porque todo debe empezar nuevamente: las obras de la concordia, de la armonía que anhela hacia nuevos perfeccionamientos, deben levantarse sobre fundamentos sanos.

La ruta de la humanidad se construye por cada uno de los hombres y por cada pueblo. Cada uno es juez de sí mismo, su propio consejero, su propio creador. Cada

hombre debe justificar su existencia sobre esta tierra que nos soporta y nos alimenta a todos, en su inagotable fertilidad. Y cada uno tiene que pagar el tributo de su trabajo, sincero, generoso, infatigable.

Ahora, el hombre siente la cruenta seriedad del universo que centellea allá, arriba, a través de sus innumerables planetas, de esa suprema realidad que nunca desmiente sus leyes, sus necesidades, sus dones y misiones. Mas intensamente que nunca, el hombre siente, en verdad, cuán grave, cuán grandioso y sagrado es también este mundo nuestro, de aquí abajo, con sus tierras llenas de tesoros vivos, con sus poblaciones que se multiplican por el milagro de la comunión creadora. Cada individuo siente ahora cuán delicado y frágil es su propio mundo interior, y también cuán duro y perseverante es él, por su voluntad combativa. Su ser está erguido como un templo, aparentemente simple, pero ordenado de un modo complejo y severo. Igual que el mundo circundante. Aún le queda mucho por descubrir. ¡Cuántos interrogantes hacen chispear sus enigmas bajo su frente de pensador! ¡Cuántas energías corren en su sangre, tan ardorosa en sus puros anhelos y, sin embargo, palpitando ante las nuevas tentaciones y los nuevos peligros! Porque cada uno siente ahora cuántas debilidades y no pocas astucias, cuántos desastres están al acecho en él mismo, en su fuerza humana que no es más que una onda en el océano universal de la vida.

¡El hombre nuevo de nuestros días! Permanece en medio de sus propias ruinas, y sobre las tumbas de los semejantes que mató... Erguido está, cual columna que respira y piensa, empapada por la savia de todas las reiniciaciones — y contemplando, con ojos en los cuales brilla el terror de los recuerdos, pero también la sonriente felicidad de la resurrección, el horizonte negro y rojo de la guerra. El horizonte en que, lentamente, penetran los rayos de la aurora siempre creciente, de una Nueva Era, anunciadora de la salvación por el amor y la libertad.

¿La literatura de la guerra? La respuesta, así lo creemos, está incluida en la evocación misma de nuestra época. Ella no puede ser diferente de esta actualidad trágica, única por su carácter y amplitud en la evolución de la humanidad. La literatura — que no es meramente un reflejo de la vida, sino una manifestación vital — fijará, igual que las demás artes, por el empeño sincero e incansable, inherente a toda creación, la realidad transitoria de nuestro tiempo. Sólo de este modo se confirma el advenimiento de una era nueva.

En efecto, la literatura nueva no es, como una flor o un objeto de arte, motivo o pretexto por «refinadas emociones estéticas». Ella es una evidente expresión de la conciencia creadora, diversificada en tantos individuos y pueblos, pero unitaria, en el fondo, en todas partes donde el hombre afirma su solidaridad con los designios y el destino de su especie. Ella será, luego, la gran prueba de penitencia: el postrero juicio, de cada cual y de todos. Será, como las Escrituras de los siglos remotos, síntesis de todas las sabidurías, recompensa de todos los sacrificios, fuente que alimenta las energías renovadoras. Las múltiples actividades y obras terrestres serán concentradas, como es un microcosmos, en esta literatura, continuadora de la verdadera literatura universal, interrumpida en los años de guerra.

¡Ella será!... Pero no olvidemos el presente. No olvidemos que los peligros están siempre al acecho en torno

nuestro; que nuestros pasos pisan al margen de precipicios abiertos o disimulados. ¡Estar siempre alerta! Hay que reaccionar en contra de cualquier tentación, de cualquier espejismo, de las *apariencias* de lo «bueno» y de lo «mejor». Hay que convencerse paso a paso, y cada día. Remediar las llagas, las debilidades, los vicios secretos. Eliminar, en cada uno de nosotros, los residuos ponzoñosos de la exaltación guerrera. (1)

No podemos dejar sin examinar, por lo menos de paso, una opinión frecuentemente expresada acerca de la literatura de mañana. Se cree que la literatura y las demás artes tienden ahora hacia «el juego», más que hacia el esfuerzo creador; que ofrecen a las multitudes divertimientos fáciles y que, por otra parte, constituyen para los individuos «evolucionados» manifestaciones refinadas, el lujo superficial del «espíritu» que quiere desembarazarse de la obsesión de las ruinas y los cementerios de la guerra. Se cree, además, que este deseo de *detente*, esta huida ante el esfuerzo será tanto más evidente cuanto la coacción y el esfuerzo habían sido más duros, más aplastantes durante la última guerra.

Esta opinión pretende basarse en una ley de psicología. Partiendo de algunos casos individuales (por ejemplo: si uno está a salvo después de grandes peligros, experimenta una alegría excesiva y se olvida de todo) se trata de aplicar esta «ley» en todos los dominios sociales y éticos, y justificar de este modo el comportamiento de todas las colectividades nacionales o cosmopolitas. Esta aplicación nos parece demasiado simplista y forzada.

La vida, la verdadera vida la sentimos ya en nosotros mismos y en torno nuestro. Sus realidades están siem-

(1) Hemos aludido, en estas páginas, a los que tratan de explicar la guerra como un fenómeno patológico de la vida colectiva. Nos parece conveniente citar a Ch. Lalo, el mismo autor que describe cómo se manifiesta el regreso al estado normal, aunque esta analogía, pueda ser algo arbitraria o más bien cómoda:

«Terminada la guerra, es decir, cuando los productos de esta intoxicación colectiva han sido eliminados por el organismo social, la conciencia colectiva vuelve a lo que ha sido antes. Está asombrada por su propio delirio y, no pudiendo comprender sus estados anteriores, quiere explicarlos, apresuradamente, como fenómenos de inspiración suprahumana: ¿la guerra no es, acaso, de esencia mística y «divina», como la epilepsia considerada en otros tiempos «un mal divino», o como ciertos delirios interpretados por los exaltados de la fe cual una especie de «posesión»?

Por otra parte, la conciencia colectiva recobra «una sensibilidad, una inteligencia, una actividad normal; inclina nuevamente hacia lo moral, lo bello y la verdad: tres valores extrañamente alterados antes, en su espíritu, puesto que la astucia y el homicidio llegaron a ser deberes, y la verdad era considerada como error si se encontraba en el camino de una idea fija. Las obras maestras eran meras monedas de cambio o, mejor dicho, servían a los militares para el tiro al blanco. Esta depreciación de todos los valores ocurre en casi todas las guerras, aunque en grados muy diferentes. Es un pecado contra el espíritu, pecado que la humanidad no hubiera perdonado nunca a un pueblo si no hubiera sido la expresión de una crisis anormal contra la cual podemos esforzarnos solamente para prevenir las reincidencias». (Ch. Lalo, *idem*, *ibid.*)

pre presentes, nunca desmentidas, y no nos perdone ningún olvido, ninguna astucia o cobardía. Y la literatura no puede menos que «registrar» el pulso de su tiempo. No hemos visto todavía las obras que puedan justificar el escepticismo, el cinismo de los falsos epicúreos, el entretenimiento fatuo, depravado, el juego que no es más que un pasatiempo para los aburridos. Por el contrario, aparecieron, aún durante la guerra, bastantes testimonios de literatura y arte en su sentido universal.

No faltará, sin duda, la literatura que divierte, que apacigua las crisis dramáticas de la conciencia, que «juega» un poco o busca un encanto más sutil. Florecerá también esa literatura de la sana alegría (la que no es la misma que el «humor» artificial, que resulta de necios juegos de palabras o de situaciones escabrosas), una alegría del optimismo, espontáneo o voluntarioso. Una literatura de la risa sincera, a carcajadas, tónica, vivificadora. De una risa con lágrimas o entre lágrimas. Pues esta literatura será como la espuma delicada, florida y centelleante de las olas tempestuosas. Y tendrá que expresar la realidad entera de las sociedades humanas: severa, trabajosa, abrumadora, perseguida por necesidades, deberes, sufrimientos viejos y nuevos... Enfrentemos con seriedad las eternas fatalidades de la existencia: ya seremos en condiciones de «jugar», de reír — y descansar después de las tareas de cada día y de las grandes penas imprevisibles o inevitables.

No nos dejemos engañar por la literatura acicalada, emperifollada como una pobre danzarina de tabernas más o menos «aristocráticas». Que no sea, la nueva literatura, como la de antes de la guerra: falsa, prolija, vacía, frívola, inmoral. La tremenda verdad está siempre detrás de todas las apariencias. La vida exige su derecho: el esfuerzo. La guerra, el viejo mundo persiste en el subconsciente de la mayoría de los sobrevivientes, pese a la carrera frenética de recuperar las pérdidas, de reconstruir y renovar.

Sí, también la nueva literatura sabrá reír; como el sol entre los nubarrones del huracán. Los rayos de la alegría — *de la sonrisa espiritual* — penetrarán, balsámicos, en las honduras todavía sombrías del nuevo Yo, poderoso y dispuesto a la *lucha* de la vida, que es otra cosa que la guerra con «armas muertas».

★

¿CUALES SERAN LAS FORMAS ESPECIFICAS DE LA LITERATURA DE MAÑANA?

También las formas exteriores, los procedimientos estilísticos están en relación con el carácter vital de la literatura. Ellas obedecen a las impulsiones, que son tan naturales como las que imprimen forma y color a una planta o animal. El fondo de la literatura determina su forma: las necesidades internas, igual que el medio, producen o adaptan los órganos. Sin entrar en detalles, y recordando tan sólo la ley de la evolución de los géneros literarios, podríamos vislumbrar las formas a través de las cuales se expresarían el material espiritual que constituye el alma y la conciencia del individuo y de las multitudes.

Progresará ese género de *análisis* de la vida interior, de las evoluciones hasta cierto punto ocultas, de esos incesantes desarrollos y conflictos del corazón henchido de revelaciones y, sin embargo, constantemente misteriosas, con sus horrores y grandezas. Le levantará el velo

de esas crisis tenaces de la conciencia, de esos trágicos juicios personales, de esos desgarramientos que arrancan la idea que debe realizarse, la verdad que abre nuevos horizontes.

La novela será la forma dominante; pero con otra dinámica, introspectiva la acción interior. Un héroe será el centro de la novela, un hombre que resumirá colectividades, hablará directamente a cada uno de los lectores y despertará sus intimidades activas. La novela psíquica (queremos evitar la palabra «psicológica», alterada ya por los fabricantes de éxitos literarios), la novela introspectiva que no especula, sino que expresa las nuevas realidades sociales; la vida como movimiento, y no en su estática descriptiva o en sus apariencias, con millares de falsas relaciones sociales. La sociabilidad se reduce al individuo solidario con el «Yo» con el individuo de cualquier parte, que lleva en sí mismo la sociedad, la humanidad, el universo — y que no se dispersa mediante vanas e inútiles manifestaciones; que vive unido a todos sus semejantes, en un aislamiento fecundo; que trabaja y realiza sus anhelos como una unidad consciente, como una humanidad en miniatura. Este «héroe» pertenece a la vida y no al novelista. Ya son muchos estos hombres nuevos; y ellos aumentan cada vez más. Precisamente las manifestaciones puramente sociales, los conflictos entre naciones y clases, las corrientes intelectuales y éticas, las *ideas-hechos*, serán expresadas mediante la «vida ejemplar» del individuo. Hasta las abstracciones colectivas aparecerán de otra manera en la novela de mañana: ésta es también una de las condiciones de la renovación. El Amor, la Fraternidad, el Deber, la Libertad, la Justicia, etc., no serán más expresiones verbales engañosas o quimeras materializadas, sino positivas y claras realidades que se afirmarán en cada uno de los hombres.

También el *ensayo* será fructífero. Es la forma más espontánea, más directa, podríamos decir; más orgánica, a través de la cual pueden exteriorizarse el espíritu y la conciencia de esta época. Merced a él se concretan los grandes interrogantes de la existencia, las actitudes ante tantos secretos y grandiosas realidades, las comuniones de los individuos y agrupaciones sociales. El ensayo es la forma mediana entre la ciencia y la filosofía puras y la vida entre ésta, con todas sus exigencias, y su moral, sus leyes y valores prácticos. (Para dar solamente dos ejemplos los ensayos de Montaigne y Emerson son valederos aun en nuestros días). El ensayo es una síntesis por la cual se evidencia la cultura general; las ideas pueden ser expresadas de un modo abstracto según la lógica fría de la razón, pero también con el calor de la atmósfera espiritual en que están envueltas. El sabio como el novelista cultivarán el ensayo para penetrar más hondamente en la multitud, ayudándola a aproximarse a las elevadas regiones del pensamiento y sentimiento, sin enajenarla del fecundo mundo del Trabajo, que debe ser una libre creación del espíritu, armonizada con las necesidades biológicas y sociales.

Puesto que todos sentimos en cierta manera esta época trágica, en la que la conciencia individual y el alma colectiva se fusionan como en una incandescencia general, es fácil prever también un desarrollo más amplio del teatro, que tendrá que expresar las acciones tan intensas y complejas de la sociedad moderna. El análisis de la novela (preferida por el lector que desea conocerse a sí mismo o reconocerse en los demás) puede ser variada,

para el espectador, mediante la exteriorización específica del teatro: por el encadenamiento de los hechos que tienen la virtud de despertar en el espectador su fondo anímico e intelectual. La acción de esas piezas es como los apretones sobre el botón eléctrico que desata, agita y derrama, desde el escenario hacia la sala, los efluvios de la vida interior. Es, desde luego, discutible si este procedimiento de *sugestión* puede ser más adecuado únicamente para las generaciones de la guerra. Pero no queremos penetrar demasiado en el porvenir. Creemos que, por semejantes procesos dramáticos, las multitudes serán más susceptibles también para las obras en las cuales las ideas y los sentimientos colectivos están simbolizados o incorporados en destinos individuales. En este sentido, el teatro de Ibsen no nos parece de ningún modo anticuado. En lo que respecta al «teatro del pueblo», los conceptos y las obras dramáticas de Romain Rolland podrían ser consideradas desde ya como indicios preanunciadores de los grandes éxitos de mañana.

¿Y la poesía? Ella experimentará un profundo y definitivo cambio. No languidecerá ya en un mundo propio; los grandes aislados y soñadores pasivos. No se sentirá ya no será, hasta cierto punto, la obra inaccesible de satisfacción con un «material» imaginario, refinado a través de las ficciones y las alegorías; no se perderá entre los encajes, colores y juegos rimados; ella no abusará más de preciosidades y actitudes forzadas; no glorificará solamente a la mujer y su amor, apartándola de la humanidad. La poesía será atraída todavía por las hermosas ensoñaciones, por las aspiraciones suprahumanas; ella anhelará las etéreas regiones, los ideales absolutos. Pero bajará más frecuentemente también al mundo de abajo, tan grandioso en su sufrimiento, tan hermoso a pesar de sus horrores. Tendrá que cantar también los grandes ideales terrestres, de esta humanidad sometida a tantas trágicas pruebas. Y volverá a expresar la vida interior, la vida activa y abundante. El análisis, con la ayuda de las imágenes y la musicalidad, abrirá a todos un mundo más vasto, más positivo y más bello que los mirajes exteriores y la exaltación de las estériles imaginaciones. La poesía deberá dar derecho de entrada en su dominio a toda la vida. No prestará valor poético solamente a las flores, al cielo, a la bienamada sino también a las máquinas, a la ciudad, al trabajador, al pensador porque ella llegará a ser solidaria con las ideas y las necesidades consideradas «vulgares». Las abstracciones filosóficas, las concepciones científicas, las reivindicaciones sociales, las comuniones universales serán expresadas en formas poéticas imprevistas y, de este modo, las emociones estéticas, los impulsos creadores serán más intensos y lúcidos.

Sin duda, no formulamos estos pensamientos sin conocer las manifestaciones poéticas de los últimos tiempos: son ya muchos estos poetas del Hombre y de la Vida que confirman con sus obras estas esperanzas. La epopeya, que murió con Homero; los grandes poemas de las épocas históricas, de las razas, de las religiones y de las revoluciones — que raras veces tuvieron su Dante — creemos que encontrarán en esta época no tan sólo los cuadros grandiosos y los elementos propios, sino también la vitalidad con que han de ser alentados. Porque todos hemos estado oprimidos por la atmósfera ardiente de la guerra: todas las clases sociales, todas las morales y religiones, todas las artes y ciencias, todas las in-

dividualidades y naciones, la humanidad entera pasó por el infierno de los desastres, de la locura sangrienta, para que merezca un renacimiento. Y entonces vendrán algunos — esos pocos individuos clarividentes, para hablar en nombre de millones de mudos — vendrán esos elegidos para incorporar, en su ente ejemplar la humana divinidad, trágica y, pese a todo, inquebrantable.

Precisemos que la edición original de este ensayo se publicó al fin de la primera guerra mundial. Ciertos críticos refutaban entonces esta previsión concerniente a la literatura y sobre todo la novela analítica de «la vida interior». La psicosis bélica seguía con sus estragos en la mentalidad de las jóvenes generaciones: es la época de la acción — se decía — es la gran aventura de la fuerza hacia las conquistas materiales, apenas disfrazadas con verborreas idealistas o espiritualistas. Es, más exactamente, la época de los fanatismos nacionales o racistas, del orgullo y del odio, la carrera hacia el Poder, autocrático o totalitario, que finalmente llegó al desenlace catastrófico de la segunda guerra mundial.

Hoy, 40 años después de haber escrito este ensayo constatamos que la cuestión es siempre la misma: que se presenta de nuevo casi de la misma manera. Con los mismos excesos de una «ideología» de la violencia, de la aventura, del éxito político, palpable e inmediato. Pero también con las mismas reacciones de la libre conciencia, de la inteligencia que no olvida su primer deber: la de salvar al hombre, humanizándolo...

Las pruebas son innumerables. Basta el citar un solo ejemplo, limitándonos a la cuestión de la literatura de mañana y de una de sus manifestaciones esenciales. Volvemos a encontrar nuestro punto de vista, y aun ciertas expresiones idénticas, en el artículo de André Maurois: «Los hijos del Medio Siglo» del cual reproducimos un extracto, según la versión publicada en el suplemento literario de «La Nación», de Buenos Aires, 2 de julio de 1950:

«Que la literatura de nuestro tiempo (novela, teatro, cine) sea más «negra» que la de 1900, y aun que la de 1925, no es nada sorprendente. Sus jóvenes maestros han sufrido larga y duramente. ¿Será duradero su pesimismo? Eso dependerá de los acontecimientos. Si se restablece una sociedad estable, si nos dan alguna esperanza de seguridad, la angustia irá cediendo. A las violencias de un erotismo mórbido sucederá un renacimiento de la novela de análisis. ¿Quién habría imaginado en tiempos de Brantôme, lo que habría de ser una «Princesse de Cleves»? Y en tiempos de la Restauración inglesa, ¿quién habría pensado que los sentimientos de Dickens encantarían un día a los biznietos de los libertinos? Las crisis de la humanidad son cíclicas. En ninguna parte se advierte mejor que en la historia de las artes plásticas. Primitivismo auténtico, clasicismo académico, realismo demasiado diestro, vuelve a un primitivismo artificial... Encontramos esta curva entre los egipcios como entre los incas, entre los griegos como entre nosotros. Dos hijos del medio siglo, del 1950, imitan conscientemente a los inconscientes. Ya volverá el refluo... ¿Logrará el hombre en la segunda mitad del siglo poner sus instituciones a la altura de sus invenciones? ¿Sabrá crear un estado planetario, apartar la guerra, que ya no es compatible con la supervivencia de la especie, y servirse de las sociedades de naciones para hacer respetar los derechos del individuo? Nadie puede responder a estas pregun-

tas. La solución depende de cada uno de nosotros... El porvenir carece de secretos; uno no puede interrogarlo, pero puede hacerlo. El único culpable de las desdichas del hombre no es el universo, que nada quiere; es el mismo hombre... Se nos habían dado grandes posibilidades. Diez veces los sabios cedieron la pelota a los políticos, pero no marcaron ningún tanto. El cuadro carece de fe, de esperanza y de caridad... Al siglo XX le quedan todavía cincuenta años de juego. A los jugadores, y singularmente a los pensadores, toca saber si quieren ganar.»

VIII

FINAL

...Si abarcamos ahora, con una sola mirada circular, esto aspectos de la vida que se desarrollan fuera de nosotros, en el vasto mundo, pero que hunde desde ya sus raíces en nosotros también, comprendemos en fin la guerra, sin justificarla — desde luego — o aceptarla en lo más mínimo.

Sus indecibles estragos y sufrimientos, todos sus terrores, sus furias, sus muertos y sus ruinas se nos apa-

recen como el precio — que, sin embargo, no tiene ninguna medida — de esta renovación, de esta resurrección unánime. Por cierto, este mundo nuevo hubiese aparecido de un modo normal, por medios pacíficos, en transiciones más lentas, quizás, después de muchas vacilaciones y aun de luchas difíciles, pero aceptables, porque hubieran sido llevadas con las armas vivas del espíritu.

La guerra, ha acelerado — debía impulsar y acelerar — esta renovación. Como el rayo que parte la roca, dejando surgir finalmente el chorro de agua caliente de las profundidades desconocidas de la tierra — así surgió, por los derrumbes de la guerra, pura y centelleante hacia el sol de la liberación nuestra Humanidad que se debatía, encadenada, en un mundo en el que la injusticia, la ignorancia y el crimen dominaban innumerables existencias: ¡a los seres humanos, a través de los cuales la Naturaleza halló su más alta expresión que puede encaminar hacia otras etapas de perfeccionamiento, todavía imprevisibles!

E. RELGIS

La psicosis del Estado

ENTRE dos enemigos, el peor es el cobarde. Los crímenes más horripilantes fueron el fruto de deficientes mentales achacados del complejo de inferioridad. El hombre mentalmente sano es ecuaníme, sereno y, generalmente, valiente. Y el valiente es siempre noble, sentimental y generoso. Ello puede ser aplicado a las multitudes y a las instituciones; a los pueblos y a los gobiernos.

La institución del Estado es incapaz de sustraerse de la influencia morbosa y hereditaria de la violencia. La violencia forma la base y punto de partida de todo poder constituido. La violencia del Estado tiene su origen en un complejo de terror y de desconfianza ingénita.

Los pueblos, aun en sus trances de violencia desbordada, conocen las alternativas de la acción implacable y de la generosidad. Un pueblo está siempre propenso a trocar sus excesos por súbitas reacciones sentimentales. En los desbordamientos populares late el espíritu de justicia. Un pueblo puede desbordar los límites razonables de la justicia y llegar, in-

cluso, a la crueldad. En el fondo existirá siempre el espíritu justiciero como suprema garantía. El pueblo encuentra siempre su punto de partida tras el paroxismo de la crisis nerviosa; es decir, su estado normal.

El Estado tiene su origen en la guerra, en la rapacidad y en la violencia, antipodas de la justicia y del derecho natural. Querer justificar la violencia del Estado por los excesos del pueblo es un razonamiento amanerado y falso. Lo que en el pueblo es exceso, en el Estado es normal; lo que en el pueblo es esporádico, en el Estado es sistemático; lo que en el primero es circunstancial, en el segundo es permanente.

El pueblo es confiado al extremo de reiterar su mandato en el Estado. El Estado vive bajo constante recelo, desconfiando de todo, de todos y particularmente del Pueblo.

El terrorismo del Estado es la consecuencia de su constante psicosis de terror. Los objetivos primordiales del Estado no son la cultura, ni la economía, ni la salubridad, ni la paz,

ni siquiera, el orden. El Estado es escéptico por naturaleza. No cree en la bondad del hombre ni en las virtudes de la sociedad. El Estado ve en todo hombre un enemigo, un espía, un conspirador; y en todo movimiento, un peligro sospechoso.

Todo gobierno vive bajo la obsesión del pánico. Y el pánico es el peor consejero de su serenidad, de sus nervios y de su gestión. Mientras el pueblo trabaja, el Estado vela en medio de un mundo de pesadilla poblado de monstruos y de fantasmas. Entre estos fantasmas figuran sus súbditos, las sectas, partidos y organizaciones de oposición; los Estados vecinos y los remotos; los enemigos reales y los imaginarios.

Esta psicosis del Estado le impide ser generoso, contribuyendo a que sus reacciones, hijas siempre del miedo, se conviertan en verdaderos accesos de histerismo.

Y el histerismo, la reacción del cobarde, es indefectiblemente la crueldad.

J. PEIRATS

La socialización

del Ramo de Curtidos

de BARCELONA

HEMOS de procurar, de una vez para siempre, destruir la leyenda de que nuestra Organización es incapaz de emprender otra tarea que la destructiva. De nosotros, los militantes, depende dar un mentis adecuado a esta manifestación improcedente.

Por mi parte acudo con mi grano de arena, relatando una realización práctica, aunque sea a grandes rasgos: La colectivización de las fábricas de curtido de Barcelona y su radio.

Julio de 1936. Vencida la sublevación fascista, mientras que un buen puñado de militantes de la sección Curtidos del Ramo de la Piel continuaba en armas, los que quedamos en los sindicatos dimos por vigentes las bases de 1934, que teníamos en litigio con la patronal. Convocada asamblea al efecto, salió una comisión destacada de la misma para entrevistarse (era la vez tercera) con el fin de comunicarle el acuerdo recaído, esto es, que sobre las bases aprobadas en la huelga de 9 semanas (1934) en la que se logró trabajar 44 horas semanales para facilitarles trabajo a los curtidores en paro forzoso, ahora habría que trabajar 36 con un salario de 80 pesetas según lo pedido en 1935 y en 1936. Como es natural, la burguesía no tuvo nada que objetar, a pesar de que en estas bases quedaba abolido el abuso del peonaje, es decir, que en adelante todo obrero mayor de edad sería considerado oficial a los efectos del cobro.

No contentos con estas ventajas, o dándonos cuenta de que en régimen revolucionario una solución cómoda y a medias era improcedente, decidimos en asamblea general socializar el gremio, incautándonos de todas las fábricas grandes, medianas y pequeñas, colocándose en las mismas las inscripciones procedentes.

A los pocos días de este acuerdo y habiéndose de celebrar en Valencia un Congreso nacional del Ramo de la Piel de la zona libre (en el que por cierto se aprobó nuestra tesis y la aplicación general de la misma) se convocó a los patronos curtidores de Barcelona a reunión en nuestro local social. A ella acudieron todos menos los fugados, para notificarles que para la buena marcha del gremio era necesario reanudar las actividades de éste, previa socialización de la industria, a lo cual esa vez tuvieron mucho que objetar. En esta reunión los ex patronos curtidores recibieron unos impresos triplicados en los que deberían hacer constar el activo y pasivo de sus respectivas empresas, de los cuales se haría cargo la colectividad a fin de facilitar las operaciones industriales e igualitarias del gremio.

Inmediatamente los nombres y razones sociales de la burguesía fueron reemplazados por los de la C.N.T.

Tenería colectivizada número 1 (y así hasta 27 fábricas, las mejores y de mayor capacidad, cerrándose definitivamente 40 de ellas que fueron consideradas inservibles, entre otras cosas por incapacidad de utillaje. Los

obreros y utensilios aprovechables de estos lugares abandonados fueron acoplados a las fábricas utilizadas, pasando los locales inservibles para la industria a manos del Ramo de la Edificación. El resultado inmediato de esta operación fué una reducción considerable en el capítulo de salidas, a saber: transportes, teléfonos, alquileres, etc.

Disponiendo que los obreros de Sans por ejemplo, se quedasen a trabajar en la barriada, y así de Pueblo Nuevo, Pueblo Seco, Armonía de Palomar, Horta, Centro, etc., se les ahorra a éstos la molestia de los enojosos desplazamientos diarios.

Tres fábricas en abandono fueron convertidas en almacenes, una dedicada a material y depósito de recambio y dos para acumulación de materias curtientes y mercancías para suministro de las fábricas en activo. Otros tres almacenes fueron establecidos en Barcelona para productos elaborados, digamos para la venta al por mayor y al detalle. Mas, para simplificar y permitir en lo máximo el control de toda la industria, instalamos las oficinas generales de Tenerías Colectivizadas de Barcelona en el ex local de la Patronal del gremio, sito en la Via Durruti, las cuales se rigieron desde un principio según la ley de Colectivizaciones en perspectiva, y cito este caso para señalar que por nuestro avance de actitud los curtidores fuimos los primeros en aparecer en el «Diario Oficial» de la Generalidad oficializando nuestra colectivización y haciendo saber que los 70 patronos (que se enumeraban) dejaban de existir como tales para dar paso a las «Blanquerías Colectivizadas de Barcelona».

Como es natural la estructura de la Comisión Administrativa y de Control de Teneduría fué muy distinta de la similar que tuvo establecida la burguesía. A las fábricas nadie tenía necesidad de ir a ofrecer producto alguno, ni a efectuar compras, ya que desde la oficina se llevaba el control general de materias entrantes y productos salientes, sabiéndose al día lo que necesitaba o poseía cada una de la 27 fábricas existentes, siendo el mismo sistema para los seis almacenes en funciones. Las compras eran efectuadas previo acuerdo entre los cuatro delegados de fabricación, los cuatro encargados de intercambio y los cuatro que llevaban la administración; luego se vendía, se pagaba y se cobraba también según este sistema. De acuerdo con el personal mercantil, aprovechado en oficinas generales y en las fábricas, se llevó un registro escrupuloso en cada una de éstas concerniente a los graneros ingresados y a los entregados por los almacenes de venta, siendo éstos igualmente fiscalizados al día de sus ventas al detalle y al por mayor, como así a las entradas de género proceden de la fábrica tal o cual resultando difícil perder detalle sobre cualquier operación que supusiera extorsión pernicioso para la buena marcha de las entidades colectivas. No diremos que nuestro sistema administrativo era un maravilla, pero si la Revolución hubiese

triunfado, los pequeños defectos fácilmente habrían sido eliminados y nuestras medidas de control habrían alcanzado la perfección. A esta suerte gananciosa se habría añadido la gran ventaja de la socialización del Ramo de la Piel de Cataluña y de toda España, si nos regimos por los acuerdos tomados en la Conferencia de Valencia. Pero al persistir la guerra y sobrevenir la pérdida de la misma no pudimos oviar ciertos errores y cortar defectos de detalles.

Aquí llegado, me interesa remachar que si la victoria guerrera nos hubiera sido propicia, el fundamento de la socialización de curtidores barceloneses ya lo teníamos construido, faltando solamente su estabilización, impedida por causas generales. Para el futuro, de esta experiencia salida de la práctica, podremos sacar gran rendimiento y recordar hoy a los que nos tildan de utópicos, que lo que presentamos nosotros son realidades vividas, hechos históricos absolutamente indimentables.

Otra de las mejoras introducidas fué en el retiro obreiro a los 55 años de edad vencida en el trabajo, percibiendo el afectado el 75 por 100 del salario en vigencia. A los inválidos e incapacitados para el trabajo se les distinguió con el mismo beneficio que a los viejos. A los compañeros que luchaban en el frente se les facilitó complemento de sueldo a tenor del que regia en la colectividad, sirviéndoseles además, equipos completos de vestir consistentes en chaquetilla de cuero, zapatos, pantalón, camisa, manta, etc, etc.

..

FUE MUY COMUN DECIR DURANTE LA GUERRA QUE EN NOMBRE DE LA C.N.T.-F.A.I. Y A.I.T. NADIE NOS HARIA CASO EN EL EXTRANJERO

Por lo que respecta a nuestra industria puedo decir que con estos simbólicos anagramas, comerciamos con Francia y con Inglaterra. Necesitando un 70 por 100 de cuero procedente del exterior cómo nuestra industria se habría podido desenvolver sin el extranjero? Con lo adquirido en Francia y por la carga de dos barcos ingleses que recalaron en el puerto de Barcelona, procedentes de Rotterdam, durante un tiempo nos quitamos de apuro pudiendo satisfacer las necesidades de guerra, esto es, que nuestros soldados pudieron ir calzados cual les correspondía, al revés de lo ocurrido después, cuando la intervención en el cuero por el Estado, ya que combatiente había que tenía que envolverse los pies en trapos. Expongo este dato para contrastar el practicismo de los utópicos con la incapacidad del positivismo estatal. Estaba dispuesto que las colectividades de trabajadores libres fueran combatidas y entorpecidas para lograr su fracaso, y en vista de que por la coacción legalista no se conseguía un resultado apetecido a causa de la férrea voluntad de los colectivistas, se llegó al abuso de fuerza destruyendo la capacidad de trabajo de los «utopistas» y facilitando por este medio descorazonador el triunfo de las armas de Franco. Marchando bien las Tenerías Colectivizadas de Barcelona, el Estado entendió entrometerse en ellas en plan perturbador y a la vez provocador. Ya hacia tiempo que la gente oficial, la que medraba y entorpecía en la retaguardia, estaba al acecho de nuestra colectividad y no con deseos de estimularla precisamente. Repetidamente, ciertas oficinas nos iban importunando con formularios y cuestionarios que no curian nada pero que tenían la virtud de exasperar al personal, puesto que

llenar lo que se nos exigía era tanto como claudicar en nuestro empeño de trabajo libre y consciente, tal como se había hecho en otra provincia.

Creyendo que trabajando y cumpliendo con nuestra obligación de proveer el frente, y de desarrollar en trabajo de nuestra incumbencia con el máximo interés, había lo suficiente, resistimos a complimentar el pape-ramen que nos mandaba la tan exigente como pernicioso burocracia del Estado. Los señores comunicantes no se decidieron a aplicarnos una reprimenda militar. Pero había que echar la colectividad por tierra y establecer en su lugar, una red parasitaria militar a fin de en- chufar protegidos que nada sabían hacer que mejor hubiera sido mandarlos al frente para que hubiesen rendido alguna utilidad. Por haber manifestado esa verdad, un grupo de compañeros — entre los que estaba el firmante del presente trabajo — fueron amenazados, ya que otros medios expeditivos, los estatales, conscientes de su delito no osaron emplearlos. Pero insistieron en que renunciáramos a la colectividad cediendo nuestros derechos al Estado, a lo que nuevamente nos negamos. Entonces la autoridad dispuso la requisa de las cantidades de pieles y extractos curtientes que teníamos depositados en la frontera y otras materias primas ya inexistentes en España, todo lo cual nos fué robado, introduciendo así la crisis de trabajo en nuestras fábricas. Ya nada podíamos, por imposición autoritaria, comerciar con el extranjero, y nuestro volumen de labor fué reducido a un 25 por 100, y a veces a cero, debido a que debíamos proveernos en el mercado español, prácticamente inexistente en aquel entonces.

En este medio de orden de conquista, de cuantas pieles y materiales almacenábamos en nuestros locales y fábricas — representando ello en empleo clásico de la fuerza bruta — la autoridad, siempre imperativa, nos abrumó con circulares y órdenes, disponiendo que nombrásemos uno o dos testigos para que en nombre de sus representados firmaran el acta de incautación de los bienes colectivos. Esto fué el caos. Imposibilitados los compañeros de trabajar, viéronse por encima la desagradable presencia de tropas que habían confundido cada una de nuestras 27 fábricas, y cada una de nuestros almacenes, con las trincheras del frente. Cerca de cinco semanas estuvo aposentado en nuestros locales noche y día, todo un batallón a los efectos de requisa «y de bailable», cómo no, si los «guerreros» estaban ociosos y las mujeres no podían trabajar? Sustrayéndonos a beneficio del Estado, géneros y efectos calculados en seis millones y medio de pesetas, el todo sin valor militar alguno puesto que se trataba de manufactura para marroquinería, gamuzas, gorras, boinas y un sinfín de miles de docenas de desudadores, de tiras para sombreros y de aplicaciones para prenda de señora. Con todo lo cual no se beneficiaba ciertamente a la causa del pueblo, pero se conseguía destrozar la colectividad.

Con lo que se demuestra que el Estado hizo la guerra contra las realizaciones revolucionarias de la C.N.T. ¿Por qué? Porque los curtidores barceloneses no quisimos convertirnos en eunucos del Estado. Por ello fuimos ignominiosamente despojados e impedidos en nuestro trabajo, altamente beneficioso para la causa antifascista en general. Pero, a pesar de todo, no claudicamos; como pudimos, seguimos adelante hasta que la movilización general se nos llevó al frente, y la derrota a Francia, unos y otros a la cárcel, sin que nuestros entusiasmos mengüen y sin que regateemos esfuerzo a fin de derrocar el sistema fascista que oprime a nuestro país para después continuar y mejorar la obra socializante emprendida con tanto cariño durante la revolución de 1936.

J. ESPERANZA

A Miguel Guerrero

El Caballero de la Triste Figura anduvo por todos los caminos de España, y como las garbosas codornices, al borde de todos los caminos dejó la huella simple y calurosa de una actitud ejemplar. ¿Por qué fué ejemplar la actitud de D. Quijote en Sierra Morena? Vamos a verlo.

Andalucía ha sido siempre una tierra de aventura y de ventura con sus sierras abruptas, sus bandidos generosos, sus campesinos anarquistas, sus señoritos depravados, sus toreros analfabetos, sus mujeres igneas, sus flores, su luz y su poesía. Por eso engendró a Séneca, a Boabdil, a «El Tempranillo», a Romero de Torres, a Salvochea, a Ganivet, a Lorca a Machado, a «Seisdedos» y a María Silva. Allí el hombre, viviendo por debajo y por encima (¡vete a saber!) de la historia se siente un poco niño. Y como los niños se pone a levantar castillos idealistas en el aire y se entrega al juego inocente de la pelea cotidiana, unas veces con sus propios amigos, otras con los representantes de la odiosa autoridad, otras con los elementos adversos que se le ponen al paso de su existencia anhelosa. El hecho de no tomar la vida en serio hace que aparezca todo, incluso lo más triste y luctuoso, con un matiz de alegría natural que se traduce en sus cantos y en sus danzas típicas, las cuales son de una belleza verdaderamente incomparable. Andalucía por fuera es lo que todos quisiéramos ser por dentro. De ahí que cuando D. Quijote y Sancho pusieron los pies en ella se sintieran, como quien dice, en su propia salsa.

A decir verdad no estaban en ese momento para jolgorios. Se sentían perseguidos por la Santa Hermandad. La Santa Hermandad llevaba ya en su vientre los espermatozoides clérigo-castrenses de la «guardia civil», que habría de nacer doscientos años más tarde. ¿Cómo aquellos esbirros iban a perdonar la humillación que les impuso el valeroso manchego, poniéndoles en vergonzosa fuga tras haber liberado a los Galeotes, gente de humilde condición, que iban a «cumplir galeras» para el resto de sus días?

Aunque el «Caballero de los leones» no era hombre que «chaqueteara» ante el peligro cierto o supuesto, optó esta vez por seguir los prudentes consejos de Sancho que, justo es decirlo, le temblaban las carnes pensando en la suerte que les esperaba si caían en manos de los de la «Santa».

Los recovecos, las encrucijadas, los caminos de cabras y el imponente aspecto pétreo de Sierra Morena han constituido siempre un refugio ideal para los hombres de ley que van hu-

Don Quijote

en

Sierra Morena

yendo de la inicua ley de los hombres. En rigor Don Quijote fué un incólito precursor de Diego Corrientes. «Pasos Largos», «El Rayo» y los intrépidos guerrilleros antifascistas que jalonaron, con sangre e idealismo, los agrestes picachos de la serraña andaluza.

Llegados que fueron a la entraña de Sierra Morena D. Quijote y Sancho echaron pie a tierra, comieron sobriamente y se tumbaron a la bartola. Los héroes estaban cansados. La batalla por la liberación de los galeotes y la paliza que éstos les propinaron después, en la más tremenda ingratitud que imaginarse puede, dejaron a Don Quijote y Sancho completamente extenuados. En efecto dar la libertad total a quienes ética y socialmente no están preparados para usufructuarla es como arar en el mar.

Tres horas más tarde, cuando Sancho abrió los ojos, empezó a dar gritos. El cretino de «Ginesillo de Pasamonte», uno de los galeotes liberados, le había sustraído el rucio. La escena fué conmovedora. Sancho lloraba a lágrima viva como si hubiera perdido a un hijo de sus entrañas. Don Quijote trató de consolarlo ofreciéndole «teóricamente» dos de los cinco fumentos que habían quedado, ociosos y gordos, en la lejana cuadra manchega. El corazón de D. Quijote era tan pródigo en ofrecimientos altruistas como parca era la credulidad de Sancho en conseguirlos. El pensaba que «más vale pájaro en mano que ciento volando». A pesar de todo se resignó satisfecho. Esta vez a la oferta seguía el medio directo para obtenerla enseguida. D. Quijote le daba una misión transcendentalísima. Con carta expresa, dirigida a la sobrina, podía pasar por el pueblo a recoger los burros, al mismo tiempo que se dirigía al Toboso, patria chica de la gran Dulcinea, a la que debía entregar solemnemente el mensaje amoroso más singular de la historia de todos los amores del mundo.

«¿Qué es eso de mensaje o brebaje? — preguntó Sancho Panza presintiendo, sin duda, el maldito purgante quijotesco que hacía echar las tripas al más pintado.»

«La prueba escrita de los inmensos sacrificios, desvarios, necedades y lisonjas» que un hombre es capaz de hacer para ser digna del corazón de su amada.»

Y el «Caballero de la Triste Figura», explicó a su compañero e por b el conjunto del plan sentimental que consistía esencialmente en quedarse en cueros, comer yerbas, recitar versos, saltar de árbol en árbol y de peña en peña «dándose de calabazadas» en todas ellas hasta que, con su regreso, confirmara la fidelidad, la admiración y la belleza incomparables de su señora Dulcinea.

Como todas esas y otras «razones» eran sin-razones para Sancho, que creía a pies juntillas que D. Quijote había perdido completamente el juicio, trató de disuadirle de semejante propósito, recordándole que Dulcinea no era otra que «Aldonza Lorenzo, una pobre labradora rústica y hombruna que tiraba la reja como el más diestro gañán, y olía a ajo que apesataba». Era absurdo que por ella (que nada sabía de esos amores) quedara en ese triste estado, con riesgo de herirse la cabeza o morir de hambre en aquellos solitarios parajes de piedra, de ladrones y de lobos. Al oírle hablar de esa manera Don Quijote montó en cólera, llamándole villano, incrédulo, necio y egoísta. Parecía mentira que siendo escudero viejo a su lado, no estuviera aún al nivel moral que requerían los hermosos principios y fines de la caballería andante. Para D. Quijote la realidad tangible era sólo una figura aparential, dibujada en la sombra por los duendes y malandrines del egoísmo humano enemigo del progreso universal. La verdad no es la que tiene delante de los ojos sino el fruto selecto elaborado por el cerebro y el corazón del hombre que no quiere dejar de serlo. Los grandes principios de la emancipación humana, la filosofía de la libertad, de la justicia, del amor, no fallan porque carezcan de impulso social, de espíritu adaptacional, como se dice ahora, sino porque los hombres se dejan seducir por las engañosas imposiciones de la «vida real» que es la antítesis de la «vida ideal» a que ellos mismos, por derecho natural, aspiran. La realidad no es la que vemos sino la que «deberíamos» ver.

Y bajo este prisma filosófico-social ve el autor de éstos, quizás tercidos renglones, la ejemplaridad del paso por Sierra Morena del «Compañero» de la Triste Figura y su fiel amigo Sancho Panza.

Conrado LIZCANO

CONTRA LA DESAZON DEL EXILIO

El impulso cooperador entre españoles

CONTRASTANDO con inexplícables desajustes impropios del carácter activista, parece renacer en nuestros medios el impulso cooperador. Hay síntomas ciertos. Y más que síntomas, principios de realización y hasta realizaciones en marcha avanzada de cara a la cooperación. Por lo que todo ello pueda servir de estímulo a los compañeros, conviene presentar los hechos con la misma probidad que se producen.

En poco tiempo — no más de cuatro o cinco meses — hemos presenciado buen número de casos distintos en el Midi francés. No podemos olvidar el tema de la cooperación ni postergarlo. Nos hemos formado en un ambiente favorable a la lucha solidaria y cooperadora. Todos nuestros propósitos, todo nuestro idealismo práctico — y no utópico ni irrealizable como aparenta creer el adversario — se funda en la cooperación por libre acuerdo, en la ayuda, en el apoyo de unos a otros, en la coincidencia de esfuerzos en pro de la obra común.

Tenemos la seguridad de que la excesiva desazón del exilio podría curarse planteando obras cooperadoras. Aun dentro de las obligadas limitaciones de nuestra vida, cabe superarlas con iniciativas apropiadas y constancia en la realización. Conocemos casos admirables de cooperación entre familiares y afines. ¿Por qué no extenderlos y mejorarlos? La cooperación metódica de familiares y afines ha conseguido suprimir o atenuar todos los inconvenientes. En el campo, en los pequeños conjuntos de trabajo industrial, en las manufacturas, en las mismas tareas de la mujer laboriosa, hemos visto siempre una tendencia cooperadora, inteligente y francamente generosa.

Las vicisitudes del exilio, la obligada dispersión y otras causas que están en la mente de todos, han podido impedir en parte que el movimiento cooperador tuviera más expansión, pero no estará de más dar por cancelada

la época inicial y acometer obras de envergadura.

Ya Reclus, en el último tercio del siglo pasado, expuso con toda claridad las ventajas del *crédit au travail*. No se refería exclusivamente al crédito monetario contante y sonante que requiere el principio de la empresa cooperadora. Se refería principalmente a la posibilidad de trabajar sin patrono, a la conveniencia de utilizar el crédito moral y material que el mundo atribuye al trabajo para esquivar la apropiación de beneficios privados, tanto del patronato como de los intermediarios. Precisamente los trabajadores representan de hecho el mayor número de usuarios respecto a toda realización laboriosa. Y en Francia, a pesar de los inconvenientes que se presentan o puedan presentarse, podrían funcionar unas cincuenta cooperativas agrícolas en distintos departamentos y con distintas características respecto a la índole del trabajo. Los patronos no tienen inconveniente en aceptar el hecho de que tres o cuatro familias trabajen en común en una misma tierra. Conocemos muchos casos que lo demuestran. No sería,

pues, difícil, conseguir una cooperación más amplia a base de la gran familia confederal.

Lo mismo puede afirmarse del trabajo industrial. Puede constituirse una Cooperativa con todas las garantías morales y legales, régimen interior enteramente federalista y solidario de asamblea abierta deliberante y acuerdo perfecto con la Federación Local.

Los componentes de las cooperativas aspiran a trabajar, a vivir del producto de su trabajo, a favorecerse mutuamente y a quedar a cubierto de las penosas alternativas del paro, mientras queda favorecida la lucha del interior, a la par que se favorece a la clientela que propiamente podemos calificar de adicta y se establece una escuela para el aprendizaje de la juventud y el perfeccionamiento de los oficios.

El campo de actividades es grande. En la horticultura del Ródano y otras comarcas, en modestos talleres y manufacturas, en los bosques para la faena de tala y carboneo, en fermes de buena producción, en granjas y prados hay millares de españoles, millares de compañeros interesados en completar iniciativas cooperadoras, muchas de ellas en marcha, pendiente otras de la legalización jurídica. Buen número de compañeros lo mismo en los comités del Movimiento que en las columnas de nuestra prensa nos facilitan explicaciones, experiencias y evidencias estimables, dignas por todos conceptos de atención colectiva.

El camino de la realización no deja de tener inconvenientes. Sería una puerilidad no reconocerlo. Pero el estímulo más útil es y tendrá que ser la propia realización mediante el impulso de verdadera y auténtica fraternidad que anima a los hombres formados en el ambiente de la CNT. La emigración a través del mar y la desazón del exilio debe tener un destino distinto: el trabajo cooperador sur place.

FELIPE ALAIZ

¿Sabe usted, decía Napoleón a Fontanes, lo que más admiro? Es la impotencia de la fuerza para crear algo. No hay más que dos fuerzas: el sable y el espíritu. A la larga el espíritu vence al sable. Los conquistadores, como se ve, a veces son melancólicos. Precio necesario con el que se paga tanta gloria vana. Pero lo que fué verdad hace cien años para el sable no lo es tanto hoy para el tanque.»

«L'été»

ALBERT CAMUS

LA VIDA Y LOS LIBROS

«MEMORIAS DE UN VAGON DE FERROCARRIL»

EDUARDO ZAMACOIS

¡CUANTO hay de sí mismo en estas bellísimas páginas! Los rasgos biográficos del autor refulgen en todo el simbolismo que emplea para no mostrar al desnudo su propio temperamento, en el que resalta el hombre de carácter cabal para quien la vida no tiene secretos. Presiéntese al artista y al sabio, que pinta con maravillosa penetración todo lo que ha visto y vivido y cala hondo en las personas a quienes descubre la congoja de su intimidad, o en aquéllas que viven ingenuamente en la vulgar rutina. Desentraña el ritmo en que danzan las cosas y las gentes; éstas transmiten a lo que consideran sus posesiones todo el bullir de su propia existencia. ¡Sabio modesto, porque sabe mucho y su inteligencia, vivaz y exhaustiva en todos los detalles que capta y refleja con gran maestría, tiene el don y la gracia de transmitir, a los que se deleitan con sus obras, la transparencia de sus imágenes, los horizontes sociales que él divisa desde su atalaya de observador y de pensador con su vista clara, ¡sin las anteojeras de los prejuicios! ¡Qué estilo armonioso, qué cadencia verbal, cuánta hermosa verdad en sus conjeturas!...

Uno se pregunta: ¿Para qué enfrascarse en lecturas de árida filosofía, en tratados de sicología individual y social, desprovistos de sana ironía, solemnes y estirados como los académicos que los engendraron?... En las páginas de Zamacois está toda la vida, con sus posibilidades, sus sarcasmos, sus jugarretas, sus pasiones, sus exaltaciones, sus mentiras y... su muerte.

Algo extraño ocurre en Zamacois cuando su imaginación se exalta en descubrir el crimen, en mostrar la sangre que brota del ataque homicida y las posiciones de las víctimas y de sus victimarios. ¡Qué truculencia en las escenas! ¡Qué horripilantes situaciones! ¡Qué vendaval de locura arrastra la pasión en que el sexo domina y la razón enmudece!... Zamacois examina el crimen como «obra de arte» y jamás se muestra implacable y condenatorio para los que llegan a la tortura del asesinato cuando son mordidos por la rabia de las enajenaciones que exasperan a los seres embriagados por cualquier tóxico, de los que se llaman «inmorales» y de los otros que son estupefactos.

En toda la obra de Zamacois, ¡tan extensa, tan penetrante y tan alta!, la emoción hace cadencia con el razonamiento. El sano viento del pensamiento anárquico avienta todas las «malas yerbas» que proliferan en este mundo autoritario

que ahoga la pristina vida del hombre que no acepta cadenas.

En estas «Memorias» hay páginas inolvidables, que se destacan en la belleza de toda la obra y merecerían continua reproducción: «Negro y blanco», «La mujer... los hombres», «De Castilla a Galicia», «España... Andalucía», «Camino, aguas, árboles», «¡Oh, pueblo de España!»

No acierta Zamacois cuando sentencia que «el pesimismo es cobardía»... Quizá lo afirma como reacción a su escepticismo... que no participa de optimismo ni tampoco de pesimismo. Y bien lo demuestra cuando exclama, indignado: «¡Ah, qué asco!... ¡Cuando considero el mezquino valer de los hombres, sus falsedades, sus prejuicios, sus tra-pacerías y el eterno carnaval de su vivir!...»

Amigo Zamacois: ¡Muchas gracias por el deleite que a tus afines proporcionan tus obras enjundiosas!

COSTA ISCAR

«LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX» POR CARLOS RAMA

REFERIRME en las columnas de CENIT al libro de nuestro amigo, profesor Carlos Rama, me es sumamente agradable, pues los lectores de la misma ya conocen ampliamente a Rama, siendo como es colaborador de la revista. Y es infinitamente grato cuando tras la lectura de «La crisis española del siglo XX» uno constata la rectitud, la objetividad, la riqueza y la ecuanimidad de su texto. Desde luego, con tan sólo darse cuenta de la bibliografía utilizada (1), ya puede valorarse el caudal de información, el encadenamiento de los acontecimientos y la diversidad de paralelismos que las muchas fuentes de información, distantes unas de otras como de polo a polo, pueden ofrecer. Este libro, que indudablemente trata de la guerra de España, constituye una verdadera anatomía de la desgraciada tierra que nos vio nacer; anatomía política, pues que conlleva documentos pertenecientes a la F.A.I., por un lado, y al falangismo por otro, por no citar más que los dos extremos del abanico de los organismos hispanos.

Y, antes de meterme a la crítica del libro, habré de hacer una confesión: Temo ocuparme de ello por dos razones, porque una verdadera crítica exigiría más cuartillas de las que yo puedo permitirme y porque el mismo Rama escribe: «La seducción de la historia actual, que explica algunas de las obras más vigorosas del pensamiento científico, a menudo ha sido anulado *a priori* por los críticos».

Como es natural, no quisiera yo contribuir a dar razón al autor del libro sobre este caso concreto. De otra parte, me ahorro reproducir sus apreciaciones sobre la historia, la guerra de España y el alcance de su libro porque el lector encontrará las del autor adjuntas a estas páginas en el prefacio del libro.

Raro libro podrá abarcar temas tan vastos como son la España cultural, la España económica, la militar, el carácter español, la España política, la sindical, el mosaico de regiones que representa la Península Ibérica, los problemas que supusieron o suponen sus relaciones con otras zonas periféricas, como son el Marruecos, Gibraltar, Andorra, el mismo Portugal, etc.

Y no se para ahí. Filma, con una fineza y gusto en la selección que emociona, las diferentes personalidades que sobresalían por encima de lo común en la época estudiada. Tales: Menéndez Pidal, Primo de Rivera, Gantivet, Ortega y Gasset, Costa, Layret, Largo Caballero, por no citar más que unos pocos.

«Una de las tesis implícitas a lo largo de toda esta obra es la existencia de una honda revolución histórica, que conmueve a España a partir de 1930, pero cuyas raíces más inmediatas deben buscarse en los treinta años anteriores», dice el profesor Rama en su libro y agrega: «La crisis en que vive España en los últimos años del siglo siguiente, es de una hondura y sentido únicos en el mundo europeo».

Con esta calibración, justipreciando cincuenta años de nuestra historia, Rama une su voz a la de los profesores de la Universidad de Oxford cuando a raíz de una visita efectuada por Federica Montseny a dicho centro docente (2), dijeron: «La guerra y la revolución españolas son el acontecimiento más importante en materia social acaecidos en el siglo XX».

No le han faltado a España hombres que han visto claro y han elevado su voz pidiendo y apuntando remedios a los males que la aquejaban, pero la inercia, la postración — que nosotros podemos apellidar católica — en las que la sociedad española ha dejado siempre pasar el tiempo, no han permitido poner en marcha ningún valor, ninguna acción que ofreciera garantías de renacimiento y de progreso. Así citamos un juicio de Gerald Brenan según el cual «en 1936 la situación de la agricultura española era idéntica a la denunciada por Jovellanos en 1787. Y que posteriormente, 1949, con ocasión de otra visita que hizo a España concluyó: la situación ha empeorado respecto a 1936».

Uno de los más preclaros observadores de la cosa española, Madariaga, escribe en «España», libro que debería ser leído por todos los españoles: «No sólo está en crisis el régimen. Lo está la nación, lo está la raza. No se ventila sólo la capacidad de los españoles para organizar una sociedad monárquica o republicana, sino su capacidad para organizarse en nación.» ¿Acaso Larra no dijo lo mismo allá por los años de 1820? Y sin embargo todos son unánimes en reconocer que el español como individuo y como pueblo es rico y lleno de virtudes morales, físicas e intelectuales. Albert Camus no vacila en decir en «L'envers et l'endroit» que el pueblo español es el más civilizado de Europa.

Rama, para confirmar el valor intelectual del español, cita por ejemplo el análisis que Federico Urales ha-

ce de los certámenes socialistas llevados a cabo en 1885 y en 1889.

Por la misma vía deductiva, más tarde Ortega y Gasset reconoce que una nueva España estaba naciendo cuyas más significativas raíces eran:

- «a) la revolución en los espíritus que ya estaba hecha (1932);
- «b) la vieja estructura política que se había arruinado;
- «c) ascenso de masas populares sin precedente;
- «d) adviene la opinión pública a régimen común para España.»

Toda la España laboriosa formaba un haz de voluntades de renovación y de progreso, toda la España digna e intelectual también. Pero, y Rama no lo silencia, la España militar, la adinerada y la clerical no habían dado un paso; mantenían el «statu quo» de dominio y de privilegio que tenían. El choque, el divorcio, que entre estas dos Españas había, quedaban reflejados en los artículos 25, 26, 27, 15 y 43, 48, 70 y 87 de la Constitución de la República. Dicha carta se atrevía a hacer legal y reconocer oficialmente el derecho de ciudadanía y de independencia a que aspiraba todo español principalmente en materia religiosa, política y económica. En cuanto al problema sindical el profesor Rama ve que el artículo 39 de la Constitución era de puro molde socialista en perjuicio de la central sindical C.N.T. ya que: «hace relación con la política del Partido Socialista desde el Ministerio de Trabajo, decreto del 8 de abril, tendente a favorecer la lucha de la U.G.T. contra la C.N.T.»

Mas, por importante que esto sea dada nuestra condición, preferimos aludirlo brevemente y ocuparnos de otras muchas cosas que el libro contiene.

La principal misión que se impusieron los militantes republicanos de no importe qué filiación que fueran, fué la de neutralizar la fuerza reaccionaria, a la cual temían, y crear en su lugar otra de marcada orientación y formación liberal adicta al régimen republicano que se había dado España en 1931. Claro que los hechos nos demuestran que no siempre siguieron esa política y que no todas las veces obraron con acierto. Aunque, queda bien evidente que dado el reparto y la influencia de las mismas, era tarea ardua y difícil de llevar a buen fin. Esta idea la fundamenta en la acción desplegada por Azaña desde el Ministerio de la Guerra lo mismo contra la oficialidad del Ejército que contra la tan poderosa como odiosa y odiada Guardia in-Civil.

Para acabar con todas aquellas intenciones de los republicanos, y para amedrentar al pueblo, vinieron los sublevados del 18 de julio que, naturalmente, hicieron todo al revés: promulgaron leyes anulando la libertad de la prensa, leyes de represión, ley de rebelión militar (1943), de los delitos de bandidaje y terrorismo (1947). Ley de responsabilidades políticas (9-2-39), represión de la masonería y el comunismo (1-3-49), de seguridad del Estado (29-3-1941), etc. Y sobre todo los crímenes cometidos sin que ninguna ley, ni aun la propia, los amparara; crímenes a mansalva, de todas las categorías, en todos los rincones de España y cometidos impunemente.

Y como conclusión sintomática a que llegó la evolución de tanta reacción, retrogradación y terror, seguros ya de que todo estaba conseguido para satisfacer la inmensa y múltiple avaricia del pulpo vaticanista, el 27 de agosto de 1953 España y el Vaticano firman el concordato que todos conocemos A.M.D.G.

M. CELMA

(Continuará)

(1) Ved el folletón encuadernable de CENIT número 116.

(2) CENIT número 107.

CON mis zapatos de montañés se me ocurrió descender a la ciudad para, en concreto, pisarle el pie a una *mademoiselle*.

— *Mon Dieu, ce cheval-là!* — oí murmurar a la chavala.

Si no incurro en equívoco fui tratado de caballo, asunto éste que no molesta considerando que nos pueden ocurrir cosas peores. Todo esto me recuerda cuando en Barcelona fui injustamente reprendido en un tranvía por una señora que vió profanados sus jamones por una mano que no me pertenecía. «¡Caballero!», me corrigió indebidamente. Y como sea que enrojece de inocencia, los demás viajeros interpretaron mi carmin como un signo de infalible culpabilidad.

La venganza me la facilitó Justo, un individuo propenso a los excesos. Con éste y otro amigo en luchas y en baile de segundo piso. Erase en pleno Carnaval, y nos llamó la atención la felicidad de una máscara femenina que danzaba tocada con un bicornio estudiantil. Injustamente, Justo apuñeó el sombrero universitario hasta lograr situarlo al nivel de la nariz de la cuitada, la cual, sin preocuparse de tomar puntería, disparó un bofetón que fué a dar en la mejilla de un inocente, que, ni corto ni perezoso, determinó armar un cisco que pronto envolvió a todos los circunstantes.

A todos, menos a nosotros, que a fuer de malos caballeros salimos sobre las puntillas de los pies con dirección a la calle.

Llegados a la misma sonó de nuevo el manubrio, lo que probaba que la paz había renacido en las alturas. «¿Subimos? — alguno propuso — Esa música es airosa.»

No subimos. A los tres mosqueteros mejor nos convenía el aire del paseo.

UNOS CASOS DE CABALLEROSIDAD VERIDICA

Voy a referir algo conocido, muy dramático y muy hermoso. Un joven compañero que acababa de intervenir en un atentado que costó la vida de un pistolero del «Libre», fué acosado en el mercado barcelonés de la Boquería. Tomándolo por un granuja, una carnicerita le dió con un peso en la cabeza. El muchacho — que ya venía herido — encañonó a la agresora con dos pistolas; mas al verla joven y guapa, abatió armas para obsequiarla con un guiño acompañado de una sonrisa.

Dos minutos después este caballe-

CABALLEROS Y CABALLERIAS

ro anarquista moría a la salida ramblera del citado mercado, confortado con los besos de su arrepentida enemiga.

Contaba Federico Urales que, en ocasión de la campaña seguida contra los martirizadores de Montjuich, un militar les desafió a pistola en lance de honor.

— No tengo honor — aseveró Urales.

— Pues te mataré como a un perro.

— Eso contando con que yo no te aplaste antes como a una cucaracha.

Por la misma causa Lerroux fué importunado, y, por ignorar entonces la forma de matar pulgas, se dejó abofetear.

También Santiago Rusiñol fué desafiado a raíz del estreno de su drama «L'Héroce». No habiendo recibido respuesta de Tiago, el bravucón acudió a su domicilio para reiterar personalmente la exigencia del duelo.

— Sepamos quién es usted — interesó el dramaturgo.

— El teniente Fulano de Tal.

— Pues yo soy capitán general de las Letras, y no puedo batirme más que con reyes y mariscales.

Nuestro dinámico José Canela en 1919 fué deportado de Barcelona a Canarias. Enterado de la importancia del preso, el capitán general de aquellas islas envió un caballeroso mensaje a nuestro amigo, cuando el barco que conducía a éste recaló en el puerto de Santa Cruz: «Muy señor mío: Desde este instante considérese mi prisionero. Pero, aparte las obligaciones inherentes a mi cargo, disponga usted de mi sincera amistad.»

Contestación de Canela: «Váyase usted a la Meca, y déjeme tranquilo.»

Reacción del capitán general: «Esta mancha usted me ayudará a borrarla en el terreno del honor. Sirvase escoger el arma de su preferencia.»

Réplica de nuestro compañero: «Escojo la piedra y el salivazo.»

El lector no extrañará que el sindicalista Canela fuese reexpedido a la cárcel de Barcelona a vuelta de correo.

MAS LECCIONES DE CABALLERIA

Después de una brega, un teniente de la Guardia Civil me pidió formalmente que descubriera el paradero de un compañero que yo mismo había escondido. «Va en ello mi carrera — asegúreme —. Usted me lo entrega, yo le encierro, y le empeño mi palabra que dentro de tres días sale a la calle con la situación resuelta.» Yo afecté ignorancia del caso, mintiendo caballerosamente. A pesar de ello, salí entero de la ouligada entrevista. Creo que este militar habría mantenido su promesa.

A un g. c. que mintió para hundirme en un presidio, le hube de replicar convenientemente, y cuando me iba a deteriorar el físico a culatazos, un sargento del mismo Cuerpo lo contuvo con las siguientes y extrañas palabras.

— No se pelee con un hombre atado. Guarde la valentía para otra ocasión.

Al César lo que es del César...

Otro oficial de la G. C. requirió mi presencia, bajo palabra de honor de que nada malo me iba a suceder. En aquella ocasión tuve tiempo sobrado para meditar, entre cuatro paredes, sobre el relativo valor de la palabra juramentada.

Un jefe militar convocó a dos compañeros: «¿Conocen la magna noticia? ¿No? Pues el rey viene a I.; pueden propalarlo por ahí, porque yo lo he dicho. Pero digan: ¿Hay terroristas en vuestro Ateneo?»

— No, señor teniente.

— Y ustedes, ¿son capaces de arrojarle una bomba a uno? ¿No? Pues así me gusta. Aunque he de advertirles que si durante la visita del rey estalla un solo cohete les responsabilizo a ustedes. Yo estoy por el orden, y tanto lo defenderé en monarquía, como en república, como en anarquía.

A un delegado militar, durante la dictadura, fuimos a recabarle permiso para una reunión formularia.

— ¿Qué desean mis muchachos? — preguntó el hombre.

— Permiso para reunir el Ateneo de Cultura...

— ¿Con que reunioncitas, eh? Entonces ignoran lo mejor: he ascendido. Nada, una bicoca: en adelante, teniente coronel. ¿Les parece poco? ¡Vayan ustedes con Dios, y reúnanse con mi permiso!

— ¿Escrito? — arriesgué.

— Reuniones, las que quieran; pero papelitos, ¡no! JUAN FERRER

IV

Leídos muchos libros de Caballerías, y acaso con mayor gusto que ningunos los de Feliciano de Silva, el de «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace», debió de ocurrirle a Cervantes escribir contra esa clase de obras, tan en boga en sus tiempos como las novelas por entregas en los míos.

Don Manuel Fernández y González — justo es consignarlo — cultivó el género con decencia y hasta con ciertos primores de lenguaje. En «El Crítico» de Gracián — segunda parte, crisis primera —, encuentran a unos personajes leyendo libros de Caballerías; se los mandan quitar; piden ellos entonces que al menos se les dé la facultad de leer las obras de algunos otros autores que habían escrito contra estos primeros libros burlándose de su quimérico trabajo. «Respondiéndoles la Cordura — añade Gracián —, que de ningún modo, porque era dar del lodo en el cieno, y habría sido sacar del mundo una necesidad con otra mayor.» Anoto esto no para deducir lo que Azorín considerando los juicios emitidos sobre Cervantes y su «Quijote» por eminencias de la época — eminencias con mala baba —, sino para que se vea lo que entonces dichos libros de caballerías privaban. «Cervantes — escribe Babelón —, es el portavoz de toda una opinión decidida a abolir una detestable industria espiritual».

El comienzo más feliz de cuantos libros se han escrito es el de «Don Quijote de la Mancha». De manera genial arranca y genialmente continúa a través de los ciento veinte y seis capítulos entre las dos partes de la inmortal obra: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...» ¡Qué sabido de todos este comenzar del «Quijote», intraducible — al decir de un biógrafo de Cervantes —, a ninguna lengua extranjera, porque pierde su encanto! ¿Ese lugar es Argamasilla, como un Diccionario asegura? No parece que le fué bien en Argamasilla a nuestro personaje. ¿Pero dónde un alcablero no está expuesto a contratiempos y disgustos? Dicese que influyó en el desvío del Guadiana para favorecer a unos fabricantes de pólvora, con perjuicio de las tierras regables del pueblo. ¿A tanto llegaba la influencia de Cervantes, comisionado de apremio con el haber de doce reales? También a cierto hidalguete le echan la culpa de sus sinsabores, asegurando que Cervantes, en venganza, le tomó como arquetipo del «Quijote». ¿Cómo un hombre así puede ser Don Alonso Quijano el Bueno? A la oposición que el cobrador de contribuciones encontró en la gente de la citada villa aluden otras historias, lo cual lleva más camino. Azorín se hace eco de dos leyendas o consejas relativas a Miguel de Cervantes. «Se refieren las dos a una bárbara — y supuesta — venganza que en el Toboso se tomaron con un recaudador de contribuciones o alcablero llamado Cervantes. Dicho Cervantes no era otro que el autor del «Quijote». Habiendo llegado el alcablero al pueblo, y hallándose durmiendo por la noche en el pajar de una casa, lo despertaron los mozos y medio arastrando, con una sogá a la cintura, le sacaron por las calles del pueblo. Afortunadamente, llegaron a tiempo los cuadrilleros y libertaron a Cervantes

CERVANTES

de manos de la chusma. No era otro el propósito de los mozos tobosinos sino el de llevar a Cervantes a una laguna próxima y chapuzarlo en sus cenagosas aguas. En el Toboso son peritísimos en esta operación. Cuando arriba allí algún recaudador, lo sumergen en dicho navazo.» Y ya que se ha nombrado el Toboso: algunos sostienen que estuvo Cervantes en aquella cárcel por piropear a una mujer. «Donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación», dice de la cárcel, no de la cárcel de Argamasilla de Alba, no de la famosa casa de Medrano, señuelo turístico, de la que sólo queda lo que de la célebre venta del Cuadrillero el recuerdo.

El «Elogio de la Locura» de Erasmo, gran amigo de Carlos V — omito el I de España por ser Austria —, tiene las proporciones de un retrato al óleo el «Quijote» es la caricatura de la locura y una apología ingente de la misma. Según Heine, «la mayor sátira contra la exaltación humana». Probablemente, ni el propio Cervantes, desde lo circunscrito de la idea inicial de su libro (burlarse de los de caballerías), vislumbró a donde llegaría con la pluma. Cervantes escribiendo el «Quijote» diríase el amanuense del genio de Cervantes. Ya decaía la novela picaresca — fruto español de lo más enverado y sabroso, catado y por catar —, si bien al soberbio ramillete de flores faltaba la más pintada y odorante de todas: «Rinconete y Cortadillo». Creo que es Federico Ruiz Marcuende el que ha escrito esto: «El genio de Cervantes resplandece en «Rinconete y Cortadillo», la obra inmortal en que retrazó el hampa sevillana de su tiempo, enjorando su magnífica descripción con las galanuras insuperables de su estilo. Supo el talento creador de Cervantes hacer de las aventuras de Rinconete y Cortadillo, y de la cofradía de Monipodio, a quien en sus andanzas por triste experiencia conoció en la vida real, una maravillosa y profundísima novela picaresca por excelencia, que como el «Ingenioso Hidalgo» no se parece a ninguna otra». En efecto, el «Quijote» es un portento de concepción y un prodigio de ejecución: es el cometido de Cervantes en este mundo. Su obra no tiene límites: en el «Quijote» no queda interés divino ni humano que en sus páginas no resplandezca. Todo lo abarca, lo religioso, lo social, lo político, anticipándose a muchas preocupaciones absorbentes de esta hora. El «Quijote» se comprendió mal cuando vió la luz porque las obras perdurables, eternas, carecen de presente y escapan al conocimiento de los enjuiciadores, correspondiendo al tiempo, que da gusto a todos, de-

soldado, escritor y mártir

por J. M. PUYOL

fenderlas y hacerles justicia. ¿Por ventura hubo quien dijese de Cervantes que puso una pica en Flandes escribiendo el «Quijote»? Nadie, y los juicios de categoría adversos son numerosos. Azorín cita los de fray Hortensio Félix Paravicino, Juan Gallo de Andrada, Esteban Manuel de Villegas, Cristóbal Suárez de Figueroa, Lope de Vega y Baltasar Gracián. Escribió para él, que fue escribiendo para la posteridad, cuando y como pudo, ya que a raya le tuvo siempre la pobreza. Pero la arrojó con tesonero heroísmo y no claudicó su condición seglar, porque el pan de la Iglesia no era para la boca de Cervantes. «Iglesia, o mar, o casa real», la mira de muchos, mas no la suya. A mí «Don Quijote» me parece la sombra del caballero Cervantes, águila. ¿Dónde lo escribiría? Al hilo de la vida en todas partes, cuando se rompía el hilo lo anudaba y proseguía el trabajo. Hijo de la existencia que arrastró, poco bienplaciente: del hambre no proveniente de la negra honra, fantástico y estúpido, sino del sincero y descarnado: de agurras y acibares; de pullas y desaires; de empujones y atosigamientos... El «Quijote» es un fin logrado y hasta colmado: como la alegría crucial de Cervantes. Menos fecundo que Calderón de la Barca — autor de más de ciento veinte comedias y otros tantos autos sacramentales —, mucho menos que Lope de Vega — dos mil doscientas, entre ellas cuatrocientos autos —, y no tanto como Tirso de Molina, que tampoco se quedó corto: a Calderón bastárale con «La Vida es Sueño» para inmortalizarse, a Lope con «Fuenteovejuna» y a Tirso con «El Burlador de Sevilla». Yo no conozco más obra de Teixeira de Pascoas que su «San Pablo», y cuentan que tardó más de dos días en escribirlo — el tiempo que invertía Lope de Vega en escribir una comedia —, como «Madame Bovary» es una novela de varios años de pluma y «Salambó» — oro y púrpura —, producto de un lustro. Todo lo dicho sobre la escritura del «Quijote» — si Sevilla, si Argamasilla de Alba... — son conjeturas y leyendas. Cervantes obtuvo el privilegio real para la publicación de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» el 24 de septiembre de 1604, cuya primera parte vio la luz en 105, contando el autor cincuenta y ocho años. «El pueblo — afirma Herrero Miguel —, acogió la obra con entusiasmo delirante». En el transcurso de 1605 alcanzó seis ediciones: se repite en Madrid, dos en Lisboa y dos en Valencia. Siento no poder precisar el total de ediciones nacionales y extranjeras hasta la hora presente. Este libro, español y universal, al que siempre se le encuentra algo nuevo, y por eso en-

seña y deleita siempre, lo compuso don Miguel de Cervantes Saavedra, siendo la obra literaria que más lustre ha dado a España.

V

«La pobre mujer que tan poca huella moral dejó a lo que parece en la vida del glorioso ingenio...» Estas gotas de sentimentalismo proceden de Concha Espina, en «Las Mujeres del Quijote». Y yo me pregunto: Si Ana resbaló sobre la vida de Miguel, ¿supuso él algo en la vida de ella? Manuel Bueno en su novela «Corazón Adentro», señala la frecuencia con que las actrices se amanceban con autores y empresarios. Unen mejor la adocenada Xantipa y el filósofo Sócrates que Aurora Dupin y el músico Chopin, porque el diablo del talento no encisma. Casi todas las uniones de este tipo han conducido al fracaso: me desmentiría la segunda esposa de Dostoiewski, pero me darían la razón muchas mujeres intelectuales.

Esto no es una alianza de dos corazones: esto es una inteligencia temporal entre dos inteligencias. El capricho suele dar más hijos que el amor. ¿Será esta la razón de lo mal que marcha el mundo? «El que ha nacido de la carne es carne y el que nace del espíritu es espíritu» — dice el Evangelio. Significa que la carne destruye y el espíritu crea. El amor... cosa de poetas, según Schopenhauer. Aunque la frase de La Rochefoucauld no es completamente cierta, por curiosa la apunto: «corre con el amor lo que con los espectros, que todo el mundo habla de ellos sin haberlos visto». Ana de Rojas (a) Ana Franca tuvo una hija con el autor de «Los Tratos de Argel», llamada Isabel de Saavedra. Relaciones fugaces, amorios. Pronto se arregló con el empresario Alonso Rodríguez, renunciando a su hija, siempre al abrigo paternal de Cervantes Saavedra.

Se ha hablado de otro hijo que tuvo Cervantes en Italia, siendo «soldado aventajado»... y gracias. Deducen esto de expresiones del propio Cervantes en el «Viaje del Parnaso», de los siguientes versos:

**Mi amigo tiernamente me abraçaba
y, con tenerme entre sus braços, dixo
que del estar yo allí mucho dudava.
Llamóme «padre», y yo llaméle «hijo»;
quedó con esto la verdad en punto,
que aquí puede llamarse punto fixo.**

El «Viaje del Parnaso» publicóse por primera vez en Madrid (en la imprenta de la viuda de Alonso Martín) el año 1614, antes de aparecer la segunda parte del «Quijote» (1615).

Contiene dicha obra esencias íntimas del autor y, como acertadamente señala Rafael Seco prolongando el poema, «rasgos autobiográficos que dicen hondamente del sentir de Cervantes, bello documento psicológico en que aparecen al desnudo aspectos de su espíritu...» Me resisto a creer que, teniendo un hijo, Cervantes, que de maravilla titulaba «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», «Novelas Ejemplares», «Persiles y Sigismunda», etc., le pusiese «Promontorio» — «altura muy considerable de tierra, cosa demasiado abultada, que causa estorbo». — Sin duda, esto es lo menos enigmático de Cervantes.

Salir de Málaga y entrar en Malagón, eso hizo Miguel de Cervantes casándose. En una de sus novelas, Pedro Luis de Gálvez — ha sucumbido a los fusiles de Franco — escribe como epitafio un gran soneto a don Lope el Atrevido, personaje que, ya pasado de maduro, contrae matrimonio, cuyo postrer verso dice: «Más le valiera haberse ahorcado». A Cervantes ahorcarse no le valiera más, ni tampoco a los lectores de Cervantes: valírale más no casarse. Este compromiso compromete de distinto modo que el anterior con la farandulera Ana, porque obliga, ata, encadena, y aquél no. Si para algo hay que estar de acuerdo entre casados o abarragados es para estar en desacuerdo. La alianza temporal de dos inteligencias difiere de la unión permanente entre la inteligencia y la ininteligencia. Algunas yuntas no labrarían la tierra si pudieran rechazar el yugo que les colocan. El matrimonio es lo más parecido al **castiljo de irás y no volverás** de los cuentos de miedo. Nudos gordianos, y muchas veces por no poder desatar el de los cordones de los zapatos tiramos y se rompe.

¿Qué vale menos, psicológicamente hablando, el devaneo de Cervantes con Ana Franca o su casamiento con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, natural de Esquivias? Este casamiento, ¡ay que poco vale! Las cualidades de doña Catalina — egoísmo, vulgaridad y compañía — emparejaban mejor con las de Rodrigo de Cervantes, hombre sin cerebro, que con las de Miguel, todo substancia gris piernas y alas respectivamente. Hallábase cuando se casó — el 12 de diciembre de 1584 — sin empleo. Aún no había aparecido «La Galatea», pero si en esta boda hubo dulces, seguramente durarían cuando vió la luz. Buen estreno, porque la obra — dedicada a Ascanio Colonna, general de las tropas pontificias en la Santa Liga — mereció elogios, dejándole al autor un beneficio de mil trescientos reales.

Al compromiso sobre los bienes, más nominales que efectivos, cuya renta disfrutarán el hombre y la mujer que se casan se llama «hacer capítulos». ¿Y qué capítulos mejores que los de Cervantes no teniendo bienes de fortuna? ¡Bah! Ahora mismo tendría que ser una familia muy culta para no cambiar todos los capítulos del «Quijote» por un plato de lentejas. El dote de doña Catalina — tierras, útiles de campo, ropas, muebles, batería de cocina y gran número de virgenes y santos — asciende a 182.297 maravedís (5.000 reales en números redondos): el dote, y de cuantía lo llevó Cervantes dentro de la cabeza, por eso no lo vió nadie. Precisaba tener cabeza y no patas para enterarse. Los ciegos del alma sólo perciben lo que cuenta y conocen al bote la moneda. ¿Cuándo hubiese quedado incorporado a la posteridad el duque de Béjar, sin duda otro «menu fretin»? Su nombre figura inmerecidamente al frente de la primera parte del «Quijote», pues aceptó la dedicatoria de mala gana. El consentimiento de esta familia acomodada para que Miguel de Cervantes contrajese matrimonio con Catalina de Palacios se parece al favor que al Príncipe de los ingenios creían hacerle los magnates accediendo a que les

dedicase sus obras. Sinceramente el braguetazo lo dió ella. Vivían de manera irregular, más tiempo separados que juntos. En los pollos y los conejos cifraba su amor esta mujer casera, a quien los brincos del inquieto marido le producían vértigos. Catalina ni madrastra quiso ser de la hija natural de Cervantes, a la que cerró las puertas de su corazón, como si prefiriera que el hospicio o algún convento le franquease las suyas. La bastarda hizo en la vida de la lugareña, a partir de su matrimonio, de insufrible ángel malo. Isabel de Saavedra quedó bajo la tutela de sus tías Andrea y Magdalena, hermanas de Cervantes, y cuando más tarde todos se trasladaron a Valladolid para asistir a la depuración del proceso contra el publicano Miguel — como Mateo el publicano —, la pequeña propietaria de Esquivias se llamó Andana.

VI

Pasó para Cervantes la hora de ser capitán. Muerto don Juan de Austria, su protector... no sé hasta qué punto, la manquedad de Lepanto y el cautiverio de Argel merecieron la recompensa más mezquina. El 22 de Enero de 1588, el **Soldado aventajado** Miguel de Cervantes Saavedra, no pudiendo vivir de la pluma, tuvo que aceptar el cargo de abastecedor de la Flota con el haber de 12 reales diarios. Para que se vea en lo que tasaron una inutilidad heroica. Estaba entonces en candelero Mateo Vázquez, condiscípulo de Cervantes, el de la zancadilla a Antonio Pérez, primer Secretario de Felipe II, siendo el dicho Vázquez alátere: los tres, Felipe, Antonio y Mateo, inspiradores, inductores, causantes del asesinato de Escobedo, secretario particular de Don Juan de Austria. Once años antes, el cautivo en Argel escribió la famosa carta en verso al compañero de estudios, obteniendo la llamada por respuesta. Sí, Mateo Vázquez estaba en candelero, pero suponía para Cervantes lo que un candelero sin vela.

Su adiós a Madrid y al mentidero de escritores y comediantes, en las gradas del templo de San Felipe, como antes el despotrique fuese en las Puertas de Guadalajara, vale por una patética despedida. El autor de «La Galatea» no se abre camino con sus comedias, y hay que vivir, Cervantes vestía ropas tálares, lo que suponía un inconveniente para brillar en el Teatro. Estrenaban preferentemente los curas y los frailes — Lope, Calderón, Tirso, Moreto —, y los de condición seglar — Miguel de Cervantes, Ruiz de Alarcón, Vélez de Guevara, Francisco de Rojas — tenían que abrirse paso a codazos. Entonces explotaban los corrales las hermandades religiosas — por lo menos en tiempos de Lope de Rueda y luego en los de Naharro así era, so pretexto de mirar por los pobres. El misero autor de «La Confusa», extrañada como la mayoría de sus obras teatrales — tuvo que batirse en retirada.

Comienzan a lloverle contratiempos y disgustos al Comisario regio en los pueblos andaluces que visita. Su misión consiste en adquirir viveres con destino a la Flota Invencible. Felipe II tiene decidido enviarla contra Inglaterra. El que había de mandar esta Armada, la primera del mundo, era

don Alvaro de Bazán, muerto inopinadamente. Al rey de España metiósele entre ceja y ceja la conquista de Inglaterra, y a sabiendas de que el duque de Medina Sidonia era un incapaz que en un vaso de agua se ahogaba, le confió el mando de la escuadra. «Porque yo pongo toda mi confianza en Dios y no en los hombres», esto es, que lo mismo le daba Medina Sidonia que Medina de Rioseco... A la Invencible se la tragó el mar, y Felipe II se consoló de esta hecatombe diciendo: «No la he mandado luchar contra los vientos sino contra los hombres». Contra la reina Isabel, que restableció en Inglaterra la religión protestante y ordenó la ejecución de su prima María Eduardo. En el ejercicio de su cargo, Cervantes ha ganado poco y perdido mucho. Habiendo ido a Eciija para incautarse del trigo que en los graneros particulares hallase y siendo la iglesia-colegiala un granero, el funcionario trata de hacerse con el rubión, conforme a su deber, y el Vicario terco en que no, lo excomulga. En 1592 ingresa en la cárcel de Castro del Río (Córdoba), inculcando de extraer grano del depósito oficial y venderlo sin la correspondiente autorización, no teniendo arte ni parte en el asunto. Un tal Nicolás Benito, del Puerto de Santa María, forzando los graneros reales, cometió el expolio. El trigo fué a Málaga y Antequera, y el confiado Cervantes a la cárcel, de la que salía bajo fianza. Hundida la escuadra otra vez se encuentra sin empleo: ¿Y si pasara a Italia? ¿Y si fuera a Indias, «refugio y socorro de los desesperados de España, iglesia de los renegados, salvoconducto de los homicidas, pasaporte de los tahures, cebo de las prostitutas, común decepción de la mayoría y remedio particular de un escaso número»?... Acaba de morir su madre. Su mujer no hace cuenta del marido. Sus hermanas y su hija natural luchan a brazo partido con la vida.

Dice Ricardo León: «Cervantes lo mismo peleaba contra el turco que cobraba contribuciones y escribía libros». Pelear contra el turco y cobrar contribuciones son cosas accesorias en su vida: escribir para alumbrar el «Quijote». El genio de Cervantes significaba la razón de ser de Cervantes, nacido es esencialmente ingenioso. «Pero no he podido contravenir la orden de la naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante...», de aquí que el inmortal hidalgo tenga su traza y que sea lo que con frase feliz señala Babelón: ingenioso por excelencia. Habrá estado ya en Córdoba, y en la Mezquita, donde Lope de Rueda, su incio, duerme el sueño eterno: basta con leer el prólogo de «Ocho Comedias» para no ponerlo en duda: «...me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda... de oficio batilhoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Está enterrado en la iglesia mayor de Córdoba, entre los dos coros.» Quizá viniese también a Orán siendo aprovisionador de la Flota, y, de ocurrir esto, evocaría la caminata hacia esta población en la primera de sus escurribandas con otros cautivos. Poco a poco va creciendo el «Don Quijote de la Mancha», y «Rinconete y Cortadillo» ya se tienen de pie. La vida no le deja en paz un momento. Trabaja sin prisa, mas con la seguridad de alcanzar la meta. Pasan

los años: la continuación de «La Galatea» no aparece: tampoco ve la luz la segunda parte del «Quijote». Envejece, pero no para la pluma, porque «no escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años». A Cervantes — el clásico que más luz tiene de todos — el humor lo acompaña hasta la muerte: «Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos que ya me voy muriendo, y deseando veros presto, contentos y en la otra vida». En ésta, para el poco bienplaciente, habrá sido ya cobrador de contribuciones.

Cuando más activamente vive. Recala en una Posada de la calle de San Nicolás, aunque tuvo otras alojarías en Sevilla. Este período Cervantino se parece mucho a una zarabanda. Conoce a bastante gente del trote. Trata a una gran cantidad de mercenarios. Frecuenta los cenáculos del hampa. Firma contratos con empresarios de corrales (uno leonino con Rodrigo de Ossorio). Acude a un Concurso de poesías organizado por frailes de Zaragoza con motivo de la canonización de San Jacinto, y su redondilla obtiene el primer premio. Va de un lado a otro, cobrando la alcabala... Tan cierto es esto como que no pisó jamás el estudio del pintor Pacheco. Yo no sé lo que constituiría la ropa de etiqueta de Cervantes (témome que no tuviera más que la puesta). A la tertulia de Pacheco acudía la buena sociedad sevillana — aristócratas y literatos que se parecían por serlo —, y Cervantes pertenecía a la mala. Si hubiesen sido videntes, si sospechasen el porvenir, la fama universal del alcahalero, ¿verdad que estas gentes hubieran perdido la parte magra que colocamos en los asientos para hacerse con él y le habrían, bajo palio, llevado a dicha tertulia? Las provisiones lo metieron en la cárcel de Castro del Río y las contribuciones en la de Sevilla. A los tres años aparece contra él un descubierto de 2.641 reales, y un juez de Sevilla ordena su encarcelamiento. «El verdadero culpable fué un tal Simón Freise de Lima que había sustraído dichos fondos». He preferido copiar esto que A. Herrero Miguel dice prologando una edición especial del «Quijote» que hablar por cuenta propia. Es todavía más expresiva la nota siguiente: «En cuanto a las órdenes de encarcelamiento de Cervantes, se fundaban en trámites burocráticos y no en hechos ciertamente delictivos, ya que después de su encarcelamiento volvía a ser nombrado para las mismas comisiones y cargos, y el propio Cervantes habla en sus escritos de la cárcel, sin asomo de amargura ni sonrojo». A la muerte de Felipe II, en todas las iglesias de España se celebraron solemnes actos religiosos. La pompa que revistieron los de la catedral de Sevilla, nunca más se ha vuelto a ver. Fué el pintor Pacheco el que dirigió la aparatosa puesta en escena. Lo mismo podía ser aquello un exponente de grandiosidad católica que un derroche de lujo pagano. Desde luego, Cristo no se halló presente en aquel teatral entierro, y estoy por decir que se apretó a la cruz y bajo los ojos. Penetra Cervantes en la basilica y junto al colosal túmulo, lee un soneto irónico, y hasta cáustico, considerado por él como el honor de sus escritos. Aunque pro-

dujo efecto, preferible hubiera sido emprender a latigazos a los mercaderes del templo, y acaso Cristo, desde la cruz, le diera las gracias.

VII

Cierto, la vida de Cervantes es otra novela ejemplar. Leyendo a Cervantes acabamos por conocer su vida, la cual forma parte de sus obras y está escrita, en las mismas, entre líneas. ¿Qué móviles le indujeron a trasladarse (con Andrea, Constanza e Isabel) a Valladolid, de pronto Corte de España? Dos principales: la depuración definitiva de su proceso y su carrera literaria. La primera parte del «Quijote» no tardará en ver la luz. De la primera a la segunda habrán de pasar diez años, siendo menester que un «fresco» tome la delantera y la publique. De modo que esto hemos de agradecerle a Avellaneda; lamentando que otro vecino de cualquier parte, con la misma barra que el tal, no sacase una segunda parte falsa de «La Galatea», siempre y cuando Cervantes reaccionase como con el «Quijote». Entonces reinaba en España el piadoso Felipe III, mejor dicho, don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, quien a su vez se regía, por su antiguo paje, el intrigante Rodrigo Calderón, hecho de prisa conde de Oliva y marqués de Siete-Iglesias, con una bonita renta anual, pues el cuarto Austria tenía menos cacumen que su hermano el contrahecho Príncipe Carlos, ya difunto. Conocedor Felipe II de lo poco que de su hijo podía esperarse como rey, temía que no sirviendo para gobernar lo gobernasen. Si, su antiguo «écuyer» el duque de Lerma, y su confesor el P. Aliaga — cosa mala salida de Aragón, tierra noble —, y el patriarca de las Indias, y el alto personal palatino, y los juegos, y la caza. Tonto de remate, más que malos: sin voluntad propia. Después de su muerte, el mordaz Villamediana dijo que había expirado como Jesús, entre dos ladrones (el duque de Lerma y Rodrigo Calderón).

¿Se dice adiós, Madrid, que te quedas sin gente desde la decisión del duque de Lerma de convertir Valladolid en Corte de España? Madrid perdió entonces su categoría de capital, quedando casi reducido a la nada. Hasta Cervantes y sus familiares echaron detrás de la Corte. Llegan con sus penates a Valladolid y se instalan en la casa propiedad de un tal Juan de las Navas, en la que tanto de malo había de acaecerle a nuestro Ingenio. Esta reliquia histórica — cerca del desaparecido Hospital de la Resurrección — es hoy museo-biblioteca. Ocupaba la planta baja de la casa de una taberna, encima de la cual quedaba el aposento de Cervantes. Como de todo hay en la viña del Señor, en esta casa — parecida a la de tócame Roque — había desde lo decoroso y honesto hasta lo maligno y escandaloso. El cuarto frente al de Cervantes lo habitaban la viuda del cronista Ga-

ribay y sus dos hijos, uno de ellos sacerdote; después, la habitación de doña Juana Gaitán, viuda del poeta Láinez, protectora de unas jóvenes bastante agraciadas y un tanto llevadas en lenguas; la morada de doña Mariana Ramírez, de la que tan sordo se murmuraba por sus relaciones con don Diego de Miranda. Doña Catalina de Aguilera; doña Maria de Arganedo; doña Isabel de Ayala, que será Claudia de Astudillo y Quiñones cuando Miguel de Cervantes escriba «La Tía Fingida», y bien se le empleará por larga de lengua. Un hombre herido de gravedad da voces en la calle pidiendo auxilio. Acuden a socorrerle el humanitario Cervantes y el compasivo sacerdote don Luis de Garibay. Del navarro don Gaspar de Ezpeleta, paisano y amigo del marqués de Falces, se trata. En la misma calle de los Monteros vive. El caballero Ezpeleta acaba de llegar a Valladolid: son las gayas, sonadas fiestas en honor del recién nacido Felipe IV el Grande, de cuya reseña habrán encargado a nuestro don Miguel — si Góngora no miente —, y para tomar parte en los juegos a caballo ha venido. ¿Y para qué más sino para alterar la paz del matrimonio albán, no interrumpida hasta entonces? Todo hace creer que ha sido el escribano albán el que ha vencido en duelo a Ezpeleta. A los dos días muere en casa de la viuda de Garibay, rasgo de compasión originador de disgustos. Son reducidos a prisión todos los vecinos de la finca, «según aquel dichoso método de enjuiciar — ha escrito Aribau — que condenaba la compasión como un delito». Sacan ahora los trapos de la colada, lo cual corre a cargo de doña Isabel de Ayala, chismosa de suyo: dueña. No es Cervantes un hombre indigno que hace la vista gorda: tal cosa pugna con el carácter de Cervantes, por naturaleza caballero. Su hogar humilde pero honrado, no es lo que ha querido dar a entender la aviesa Isabel de Ayala en su declaración: poco menos que una casa de tapadillo. Esta mujer, esta víbora imputa a la hija de Cervantes ser la concubina de un cobrador de impuestos — ¡todavía el fisco! —, llamado Simón Méndez, de nacionalidad portuguesa. Por otro Simón, portugués estuvo preso Miguel de Cervantes... y aún colea. Isabel de Saavedra ha merecido de Méndez una prenda de vestir como regalo. En la casa reciben a ciertos empingorotados clientes de la taberna. Si, pero no en la habitación de doña Luisa de Montoya, viuda del cronista don Esteban de Garibay ni en la de don Miguel de Cervantes Saavedra, cuyas hermanas son dos viejas. El duque de Pastrana, el duque de Maqueda, el conde de Conchaitana, cuervos duchos, se abaten a la carne joven. Por eso frecuentan la casa de doña Juana Gaitán y no la de Cervantes. Más doquiera que don Miguel esté y suceda algo malo, sabido es quien paga: él, no falla.

(Continuará)

La seducción de la historia actual, que explica alguna de las obras más vigorosas del pensamiento científico, a menudo ha sido anulada a priori por los críticos.

Marc Bloch recuerda que uno de sus profesores liceales, «que era muy viejo, cuando yo era muy joven», opinaba: «Después de 1830, ya no es historia, sino política», y posiblemente, aunque no lo confiesen, esto impide a muchos historiadores interesarse en la vida del siglo que viven. Se exagera incluso el carácter provisorio de estudios basados en un material necesariamente parcial, pero se olvida de que es sobre ese tipo de «provisoriedad» que progresa la ciencia.

El tema que aborda este trabajo — el problema del Poder y el Estado durante la crisis española de la primera mitad del siglo XX — caracteriza en un grado superlativo lo que puntualizamos anteriormente.

En el caso de España las dificultades se incrementan por los hechos de su misma vida histórica. En estos años y en aquel país, han ocurrido hechos tan notables como los siguientes:

1) Una revolución político-social a lo largo de nueve años en pugna con una arraigada situación de statu quo;

2) durante casi tres años del proceso total, una guerra civil de una hondura única, al punto que puede calcularse que entre el 15 y el 20 por 100 de la población nacional ha muerto, ha sido herida, ha emigrado por razones políticas, o por lo mismo ha sufrido prisión, destierro y confiscación de bienes;

3) una evolución muy rápida en la ideología, usos y costumbres; evolución que aun terminada la guerra civil no se ha detenido.

Del punto de vista técnico de la investigación histórica — y esto lo comparten con España los países de su mismo tipo social y cultural — tenemos:

a) atraso de los estudios históricos nacionales, en especial sobre el período contemporáneo;

b) falta de trabajos monográficos sobre diversos temas básicos particulares;

c) falta de material estadístico y escasez de memorias, epistolarios y otras formas que demandan la estricta ortodoxia para elaborar una obra como la presente.

No es extraño entonces que, hasta la fecha, faltasen trabajos de conjunto que desbrozaran territorio tan rico y tantas sugerencias.

Estas páginas procuran historiar las concepciones del poder político y el Estado, cuya importancia histórica prueba su recepción en el

PREFACIO DEL LIBRO

«La crisis española del siglo XX»

mundo de la realidad social e institucional española del siglo actual.

Del material inmenso y, aunque parezca paradójico, a un tiempo escaso, se han buscado los textos originales y directos, establecer los hechos de acuerdo al testimonio de primeros actores, autores afines a cada una de las corrientes estudiadas, u observadores imparciales.

Finalmente, no he aventurado tesis generales, si no cuando hay coincidencia de testimonios de distinto origen, y lo prueban el análisis objetivo de los hechos conocidos.

Se dirá que éstos son los enunciados de la metodología histórica clásica, pero no es menos cierto que para quien la profesa cada libro de «historia aplicada» es un ejercicio de comprobación.

Digamos finalmente que si bien es cierto que el trabajo se inscribe en la historia de las ideas, se han manejado esquemas ya probados en la sociología, en la teoría del Estado, en la ciencia política y el derecho, que

«Pero ni Fabbri, ni los publicistas libertarios llegan a distinguir entre Gobierno y Estado, entre política y acción estatal, y lo que es más decisivo, entre poder estatal y poder político. La concepción de un poder político revolucionario no estatal, y por lo tanto no gubernativo no lo estudia la literatura anarquista».

(«La crisis española del siglo XX», página 255).

entendemos fecundos en manos del historiador.

Dispuse, entre noviembre de 1952 y abril de 1954, del tiempo necesario para este trabajo, gracias al concurso de la Beca Gallinal de investigación que en 1951 me asignara, en mi calidad de profesor, el Consejo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo, y por otra parte el gobierno francés que, por intermedio del Ministerio de Asuntos Extranjeros, me honrara con la asignación de una beca de estudios.

Aunque se ha recurrido ampliamente — aparte de España — a la bibliografía de origen latinoamericano, y a los fondos de las bibliotecas italianas y del International Institut voor Sociale Geschiedenis de Amsterdam, no hubiera sido posible mi tarea en otra ciudad que París, no solamente por las razones políticas que resultan obviamente del tema, sino por las que derivan de su clima intelectual y de la colaboración múltiple y siempre valiosa de sus trabajadores intelectuales.

El ensayo fue presentado a la Facultad des Lettres de l'Université de París como tesis principal para el Doctorat de l'Université (Histoire-Sociologie), y preparado bajo la dirección del catedrático Pierre Renouvin. Deseo agradecerle nuevamente sus críticas y sugerencias, así como la confianza que depositara en el desconocido que emprendía obra tan considerable. Lo mismo de los profesores Ernst Labrousse y Georges Gurvitch, que integraron el jurado. Parte del material fue leído y discutido con los especialistas franceses en historia española contemporánea, profesores Pierre Vilar y René Lamberg y el publicista Gaston Leval. A todos ellos mi reconocimiento.

He tenido oportunidad de tratar personalmente a buen número de los autores y personajes citados en la obra, y discutir con ellos muchos temas, recogiendo sus sugerencias, e incluso han tenido la gentileza de leer en forma crítica los capítulos del libro. Sin estos aportes no habríase jamás terminado este trabajo, y me resulta por tanto penoso no citarles cada uno de ellos; pero, si bien creo que para sus actores ha sido y es: tragedia, y todavía es prematuro citar reunidos a cincuenta españoles que actuaron entre 1930 y 1940.

Mis colegas y amigos uruguayos me han estimulado y han colaborado en la medida de sus fuerzas, especialmente en la preparación y presentación del trabajo. Sería injusto no citar en primer término, entre ellos, a Judith Delleplane de Rama.

CARLOS M. RAMA

MICROCULTURA

446. — Maca: señal que queda en la fruta por algún daño recibido.
447. — Macao es la colonia portuguesa en China.
448. — El diámetro del sol, se calcula que es de 1.392.000 kilómetros.
449. — La famosa novela «La Cabaña del Tío Tom» fué escrita por Harriet Beecher Stowe.
450. — El lugar que se conoce como «el techo del mundo», es el desierto de Gobi, en la Mongolia.
451. — El Titicaca (entre Perú y Bolivia), es el lago más alto del mundo, navegable para embarcaciones de vapor.
452. — Ecuador es el segundo país productor mundial de plátanos (bananas).
453. — En 1929 tuvo lugar la primera exhibición pública de la televisión en colores.
454. — La última edición castellana del libro de Spenser «El hombre contra el Estado», fué editada por «Yerba buena», Argentina, 1945.
455. — Los tres grandes troncos étnicos de la humanidad son: caucásico, negroide y mongólico.
456. — El Terates Labiatus es un insecto tropical que huele como las rosas, con lo cual atrae a las abejas y se las come.
457. — El río más largo de Alaska es el Yukón, con 1.979 millas de longitud.
458. — En 1911 los colonialistas italianos crearon el «imperio colonial de Tripolitania».
459. — Alfa del Centauro es, después del Sol, la estrella más cercana a la Tierra.
460. — En su tercer viaje, en 1498, Colón descubrió la isla de Trinidad.
461. — Chile es el país mayor productor de salitre o nitrato natural, en el mundo.
462. — El ibiyón es un ave nocturna argentina, de color pardo con mezcla de negro.
463. — La ópera «Pagliacci» fué compuesta por Ruggerio Leoncavallo.
464. — La fórmula química de la aspirina es: $\text{CH}_2\text{CO}_2\text{C}_6\text{H}_4\text{CO}_2\text{H}$.
465. — Arles es la ciudad del sur de Francia donde pintó extensamente Van Gogh.
466. — Bariloche es el centro de veraneo argentino famoso en el mundo. Está enclavado en los Andes.
467. — La ciudad de Famagusta está en la convulsinada isla de Chipre.
468. — Júpiter es el planeta que tiene once veces el tamaño de la Tierra.
469. — La ciudad de Vancouver se halla en la Columbia Británica en el oeste del Canadá.
470. — El pueblo que ha merecido el título de «los agricultores del mar» es el japonés, a quien se considera el pueblo que es más gran pescador del mundo.
471. — Antiguamente «escolástico» quería decir maestro de escuela.
472. — Los abencerrajes fueron una tribu mora, cuya rivalidad con los cegries, motivó la caída de Granada en poder de los cristianos.
473. — Pedro Simón Abril fué un gramático español, traductor de los clásicos griegos y latinos.
474. — Baladín fué, al decir del librero llamado Biblia, «un profeta cuya burra, dotada milagrosamente de palabra, le increpó por su dureza contra los israelitas».
475. — Según Virgilio era Camila una «mujer que corría tan veloz que pasaba sobre las espigas sin doblarlas». A los poetas hay que leerlos y no analizarlos.
476. — Leviatán: un monstruo bíblico, relatado en el Libro de Job, cuyo nombre pasó a ser sinónimo de colosal.
477. — Madame Rolland fué una dama francesa apasionada por la literatura y las artes, autora de la famosa frase que pronunció al subir al cadalso: «¡Oh, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»
478. — Antonio Ulloa fué un famoso marino y sabio español del siglo XVIII, a quien se deben los primeros estudios de importancia sobre la América del Sur.
479. — Una espada es un arma y un «espada» es un torero. Desde luego, en una lidia taurina el animal más noble es el toro. El torero, un pobre diablo al servicio de la «verdadera bestia», el público.
480. — Gorgoritos: quiebro que se hacen con la garganta al cantar.
481. — El «expresionismo» es un movimiento artístico que aspira a expresar la esencia característica de las cosas.
482. — Boscán introdujo el soneto en España.
483. — Se llama oración copulativa aquella en que sus elementos están unidos por una conjunción o una negación.
484. — «El Dios Desnudo» se llama el último libro del escritor ex-comunista Howard Fast.
485. — La ciudad de Mayagüez está en la costa occidental de Puerto Rico.
486. — San Marcos, de Lima, fundada en 1551, es la universidad más antigua de América del Sur.
487. — Salvador Salazar Arrué, fué el pensador peruano que formuló la teoría del «pueblo-continente».
488. — El tulipán es la flor que ha dado celebridad a Holanda.
489. — Para 1975 se calcula que América Latina tendrá 275 millones de habitantes.
490. — La moneda de Andorra es la peseta.
491. — Se ha perfeccionado un martillo eléctrico portátil que da 1.600 golpes por minuto.
492. — Las ondas de radar son unas cien mil veces más largas que las de la luz.
493. — Un nuevo instrumento mide la temperatura de objetos muy calientes sin tocarlos.
494. — En el campo, el helicóptero se emplea para pulverizar y vaporizar los cultivos, para sembrar, fertilizar, y para control de insectos y enfermedades.

SUNO

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).—Le Gérant E. Guillemau. Toulouse (Hte. Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

Otoño

Octubre. Las hojas caen,
cubren, cual manto, la tierra.
El sol, cansado, entre nubes,
como un disco opaco rueda.

El viento del norte silba.
Volcada está una maceta.
El parque solo. Las sillas
Los árboles amarillos
ya no cobijan niñeras
plegadas en la glorieta.
ni soldados, ni aquel viejo
que soñó lejanas fiestas;
sólo un perro vagabundo
cruza por las callejuelas.
El viento lleva en sus hondas
dos campanadas inciertas.

J. ELBAILE

L'automne

L'automne, le vent qui se balance,
Transmet la plainte apeurée du gibier,
Fait mourir les amours des vacances,
Pendues sur les branches nues des gibets.
Des sentiments étranges, foisonnent
Dans nos cœurs, asile de nos charmes.
La bise dans les jardins moissonne,
Des fleurs échevelées, tout en larmes.
La musique, partout, devient douce;
De ses baigneurs, la plage s'est vidée,
Les feuilles sont tomboées, toutes rousses
Dans le bassin silencieux, ridé.
L'automne, les nuits ne sont plus vertes,
Le jour déjà, réduit sa randonnée,
Dans mon corps, une plaie s'est ouverte:
Le goût, la vie, semblent m'abandonner.
Qui des beaux jours a expulsé ma vie,
Qui dans l'été voulait rester baignée?
Le nid s'est tu par le chasseur ravi.
Le bois rouge, s'est éclairci, saigné.
La pluie redouble, inonde les ornières,
Près du fleuve, l'angoisse s'alourdit,
Le vent rageur malmène la chaumière;
En Automne, mon être s'engourdit.

R. ANTONIO

¡OBRERO!

Tú que te interesas por la historia de los trabajadores y de sus luchas, si quieres adquirir conocimientos sobre los hechos más sobresalientes ocurridos en España durante los últimos cincuenta años,

adquiere los tres volúmenes de



En ellos te enterarás de la obra revolucionaria llevada a cabo en España gracias a la victoria de la C.N.T.-F.A.I. contra el fascismo, del desarrollo de la guerra civil, de las incidencias políticas, errores, aciertos y desaciertos cometidos en el campo social, etc., etc.

LA OBRA MAS COMPLETA DE LA GUERRA Y DE LA
REVOLUCION

MIL CIENTO OCHENTA PAGINAS DE TEXTO.
NUMEROSOS GRABADOS

Precio :

En rústica 22 NF

Encuadernado en simili 50 NF

Pedidos a nuestro Servicio de Libreria